



Scarlett O'Phelan &
Georges Lomné
(eds.)

s 33

Capítulo 8



actes

independencia de
América del Sur

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-12879

Ley 26905 - Biblioteca Nacional del Perú

ISBN: 978-9972-623-82-0

Derechos de la primera edición, octubre de 2013

© Instituto Francés de Estudios Andinos, UMIFRE 17, CNRS/MAE - USR 3337 AMÉRICA LATINA
Av. Arequipa 4595, Lima 18 - Perú
Teléf.: (51 1) 447 60 70 Fax: (51 1) 445 76 50
E-mail: postmaster@ifea.org.pe
Pág. web: <http://www.ifeanet.org>

Este volumen corresponde al **tomó 33** de la colección **Actes & Mémoires de l'Institut Français d'Études Andines** (ISSN 1816-1278)

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú
Telf.: (51 1) 626 26 50
E-mail: feditor@pucp.edu.pe
Pág. web: <http://www.pucp.edu.pe/publicaciones>

Imprenta Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156 - Breña

Foto de la carátula:

Diseño de Erick Ragas a partir del retrato de Abascal, pintado en 1807 por Pedro Díaz, es un óleo sobre lienzo. Forma parte de la colección de retratos de personajes célebres del Museo de Arte de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Cuidado de la edición: Vanessa Ponce de León

La situación de Chiloé durante las guerras de independencia

María Ximena Urbina Carrasco

Introducción

En el territorio del virreinato del Perú, la independencia política respecto de España terminó de completarse militarmente con la rendición de la fortaleza del Callao, el 15 de enero de 1826 y el mismo día, pero a 3 500 km de distancia, con la de Chiloé, una provincia archipelágica por entonces de cerca de 36 000 habitantes, casi la mitad de ellos indígenas, y 9 000 km². A la plaza y a la provincia se les ha llamado «últimos reductos españoles en América» (Fernández, 1992).

Se habla de «último reducto», de «bastión español», de «baluarte». El historiador Diego Barros Arana estudió tempranamente, en 1856, la singularidad de Chiloé por su tardía incorporación a la naciente república de Chile. Su libro *Las campañas de Chiloé, 1820-1826* trata la gesta «patriota» para lograr la anexión del archipiélago, y describe las 3 campañas militares enviadas desde Santiago con dicho objetivo, en 1820, 1824 y 1826, dirigidas a extirparle su condición de baluarte. Solo la última lo consiguió. Tanto esta obra inicial, como todas las posteriores, se han centrado en la atractiva figura de Antonio

de Quintanilla, el último gobernador del Rey en la isla, quien rechazó 2 de las 3 campañas militares. La concentración historiográfica en un personaje, Quintanilla, por sobre el proceso histórico de Chiloé durante la revolución de la independencia y la contrarrevolución, se explica, además, por existir abundante documentación sobre su gestión, que incluye una autobiografía (Medina, 1964)¹. Los autores que han publicado sobre el gobernador Quintanilla son Gabriel Guarda, en dos ocasiones (Guarda, 1955; 1960)², Isidoro Vásquez de Acuña (1974) y Manuel Torres Marín (1985), todos con importantes y sugerentes obras. También, Fernando Campos Harriet en «Los defensores del rey», del año 1958, dedica 10 páginas al destacado peninsular que, con el apoyo de los chilotes y con el respaldo de su reputación de buen gobernante, supo mantener a Chiloé fiel al Virrey del Perú, entre 1818 y 1826. Por lo tanto, en la historiografía, la importancia dada a Chiloé durante el proceso de independencia de la monarquía española es el haber sido el foco resistente del que se expulsaron los realistas 8 años después que en Chile.

Sin embargo, es igualmente interesante el papel político y militar que el archipiélago jugó entre 1810 y 1818, antes de que Chiloé se convirtiera en el «último reducto». Desde un comienzo fiel al Rey, la provincia entera se comprometió en la causa de reducir a los «traidores» de España y anular a sus «caudillos». Fue una acción de la sociedad chilota, expresada a través del cabildo de la ciudad de Castro, y de los muchos «soldados del rey», que antes de resistir en su archipiélago, actuaron en batallones en suelo chileno —otra tierra para ellos—, e incluso en el Perú, en nombre de Dios y el Rey, desde 1811 hasta 1818. Esa es la contraofensiva o contrarrevolución realista chilota no solo en inmediata respuesta al requerimiento del virrey Abascal, sino incluso anterior a ella, anticipándose en la reacción de sacudir de Chile a los revolucionarios.

El estudio que aquí presentamos tiene como objetivo analizar la situación de Chiloé ante el proceso de independencia de Chile, desde que se supo en el archipiélago las novedades sobre el juntismo en Chile, hasta la forzada anexión de Chiloé al territorio que desde Santiago se entendía como «nacional». La actuación de Chiloé tiene novedades respecto de la de Chile. En primer lugar, se actuó como provincia, con un sentido de un pasado común distinto al de

¹ En el Tomo I, Medina reúne cartas y la autobiografía, en «Para la biografía de Don Antonio de Quintanilla».

² Véase también Guarda (1976).

Chile y vinculado directamente al Perú. Y, en segundo lugar, derivado de lo anterior, la provincia entera se movilizó ante la guerra, con aportes de tropa, oficialidad y recursos. En el proceso, que duró desde 1811 a 1826, pueden distinguirse 2 etapas: entre 1811 y 1818, en que los chilotes conformaron las bases del ejército del rey combatiendo en suelo chileno contra los revolucionarios; y una segunda etapa, entre 1818 y 1826, en que la isla se resistió a Chile y combatió contra él, mientras esperaba refuerzos de Perú o España para repetir la gesta de la contrarrevolución en Chile y liberar al Perú.

La historia nacionalista del siglo XIX y comienzos del XX ha desconocido las dinámicas locales, tanto en el proceso de Independencia como en general, casi todo. Las historias nacionales más actuales han hecho lo mismo³. Desde las regiones hay valiosos aportes⁴, aunque pocas veces son tomadas en cuenta en las historias llamadas nacionales. Pensamos que aun cuando estos últimos años la independencia de Hispanoamérica ha sido objeto preferente de la atención historiográfica (Guerrero Lira, 2002), aun queda bastante por conocer (San Francisco, 2007)⁵, como por ejemplo la actividad político-militar en las zonas periféricas del virreinato, que contribuye a iluminar la comprensión de un todo.

1. Chiloé a comienzos del siglo XIX

Cuando en 1806 asumió el poder en Lima el virrey Fernando de Abascal, Chiloé —plaza fuerte y provincia, dependiente en lo político del virreinato del Perú desde 1768— no mostraba la más leve diferencia respecto a lo que había sido a fines del siglo anterior (Urbina Burgos, 1982). El mismo ritmo y costumbres, que venían sin alterarse en cosa alguna desde el siglo XVI. El rasgo predominante era la extrema sencillez. En Chiloé se trabajaba durante el año en los productivos papales, los escasos trigales y en la abundante pesca y marisca de sus generosas playas. Los hacheros salían en verano a la faena de la tala del alerce en la Cordillera de los Andes, que era llamada Sierra Nevada, y las mujeres pasaban el invierno en la confección de hilados, en sus huertas y en el ahumado de jamones gracias al crecido número de cerdos. Y un corto y desventajoso comercio que cada verano, al levantar la feria de



³ Lo anota Brian Hamnett para el caso de Perú (Hamnett, 2000: 14).

⁴ Sobre la independencia véase Cartes (2010). Un ejemplo de historia regional es la que desde hace décadas se hace sobre Magallanes, impulsada por Mateo Martinic.

⁵ Es un balance bibliográfico crítico.

San Carlos de Ancud, practicaban los vecinos, todavía a trueque, con los armadores peruanos⁶.

Casi nada nuevo en la provincia de Chiloé al asomar el siglo XIX, excepto lo devengada que estaba la élite social desde que fuera abolida la encomienda en 1783 y cesadas las obligaciones de trabajo que pesaban sobre los indígenas, que en 1814 eran 15 601, mientras que la población total era de 36 000 habitantes en 1812 (Vázquez de Acuña, 1992: 434). Los indígenas, llamados en Chiloé veliches, tampoco experimentaron progresos en sus economías porque quedaron liberados de la encomienda, pero no exentos del tributo en especies que debían pagar al rey. Todos los años depositaban en las cajas reales de San Carlos de Chiloé (Ancud) el equivalente a unos 6 000 pesos, cuando el monto por cada indígena en edad de tributar era de 5 pesos anuales, rebajados a 3 a fines del siglo XVIII. El tributo indígena ayudaba en algo a las siempre exhaustas arcas fiscales (Urbina Burgos, 2004). En cambio los llamados «reyunos», procedentes del área de la abandonada ciudad de Osorno, establecidos en Calbuco, la tierra firme al norte de la isla grande de Chiloé, estaban eximidos de esta obligación desde comienzos del siglo XVII, por haber colaborado con los españoles cuando se produjo el gran levantamiento mapuche-huilliche de 1598. El sur de la isla grande, y sus islas adyacentes, estaba poblado por los «payos», que eran descendientes de un grupo canoero llamado «chonos», propio de los archipiélagos al sur de Chiloé. Por ser «neófitos» no estaban sujetos a encomienda ni tributo.

La única novedad era que desde 1796 se estaba inaugurando un inédito contacto, pero aun muy tenue, con las ciudades más meridionales de la gobernación de Chile, en el continente. Se podía transitar por tierra a la recién refundada «colonia» de Osorno, y a Valdivia, que desde la segunda mitad del siglo XVIII era no solo la antigua plaza fuerte, sino que contaba ya con vecindario civil (Guarda, 2001). El camino que unía Carelmapu —en la tierra firme chilota al norte de la isla— con Valdivia, databa de los tiempos del gobernador de Chiloé Francisco Hurtado, en la década de los 1780 (Urbina Carrasco, 2006), cuando se logró que los grupos indígenas de esta sección sur del Estado de Arauco, la «frontera de arriba» (Urbina Carrasco, 2009a), accedieran a franquear el tránsito. Aunque hubo un levantamiento junco-huilliche en 1792, su rápida represión obligó a los indígenas a firmar

⁶ Véase Archivo General de la Nación (AGN), Perú, Fondo Caja Real, Cajas Reales de Chiloé, Legajos 398 a 442. Son 337 cuadernos, entre 1703 y 1823; véase también Urbina Burgos (1990).

la paz, que nunca más se vio alterada. Así, en los primeros años del siglo XIX, el camino era transitable y seguro para peatones y jinetes. Pero aun cuando el tráfico era reducido desde y hacia Chiloé, comenzaba a vincular muy levemente a Chiloé con Osorno y Valdivia, una comunicación inédita, nueva y significativa, por haber estado aislados e incomunicados los chilotes con Chile desde el gran alzamiento mapuche-huilliche de 1598.

La existencia de Chiloé había sido, desde 1598, muy distinta a la del reino de Chile: era insular, remota e incomunicada en un archipiélago indefenso. El Callao era el único puerto español con el que Chiloé mantuvo contacto más o menos regular desde 1598, y este se reducía a un barco anual durante el siglo XVII y gran parte del XVIII, y a veces ni siquiera eso, cuyo trayecto tardaba 24 días a fines del siglo XVIII (De la Puente Candamo, 1992: 46). La documentación de las Cajas Reales de Chiloé, en el Archivo de Lima, muestra un aumento en el flujo de barcos desde los años 1770, tema aún sin estudiar.

Así, en este enclaustramiento fue formándose Chiloé como una suerte de mundo diferente, más retraído y aislado, y los chilotes, desemejantes al resto de los chilenos. No tuvieron respuesta positiva las peticiones del Cabildo de Castro al Rey para abandonar la isla en el siglo XVII, y así, la vida sin expectativas siguió su curso y se arcaizó por la repetición de un mismo modo de ser, «una mentalidad que parecía haberse quedado fijada en su etapa fundante, con una visión de mundo ya arcaica» (Urbina Burgos, 1986a: 385-402), con una economía de mera subsistencia, pero también con una actitud conformista en la mayoría de la población.

En Chiloé, todos los españoles y los mestizos (aunque no se usaba allí ese concepto, sino que con decir «chilotes» se nombraban todos) capaces de portar armas, es decir, entre 18 y 50 años, eran afiliados a la milicia (Rodríguez Ballesteros, 1901-1904: 364). Estos cumplían con los ejercicios militares por turnos bajo la dirección de oficiales reformados, siendo su número de alrededor de 3 000 a principios del siglo XIX, repartidos principalmente en la jurisdicción de la ciudad de Castro, donde se concentraba la mayor parte de la población del archipiélago (Urbina Carrasco, 2009b). Eran puntuales en el cumplimiento de sus obligaciones. Las autoridades políticas alabaron siempre la prontitud con que acudían los milicianos al llamado toda vez que hubo alguna amenaza interna o externa. Se reconocía en ellos la robustez física y la disposición para soportar las mayores fatigas, aunque el valor y la disciplina no habían sido probadas en acciones militares, porque los anuncios de invasión inglesa durante el siglo XVIII nunca se verificaron.

En Chiloé, las milicias eran distintas al resto de la América española. Los milicianos isleños se presentaban al servicio de las armas y acudían no solo a los ejercicios militares sino también, junto a sus oficiales, a otras labores, como la composición del camino de Caycumeo —que se habilitó a fines del siglo XVIII despejando una estrecha senda en el bosque para comunicar Castro con Ancud (Urbina Burgos, 2010)—, en número de hasta 2 000, dividiendo el trabajo por compañías que llamaban «suertes», y que en aquella pared de corpulentos árboles altísimos, como es el bosque chilote, distinguían las unas de las otras «por unos palos parados a distancia de 15 cuadras uno de otro, con el número que indicaba la compañía a la que correspondía aquella suerte» (Rodríguez Ballesteros, 1901-1904: 364). Así lo hacían también cuando se les llamaba para la composición de puentes. Además, cada batallón estaba obligado a la refacción de los caminos de su pertenencia, labores se hacían anualmente en verano, por diciembre o enero, que no se pagaban y en las que cada quien iba bastimentado por sí mismo, y con sus propias herramientas (Rodríguez Ballesteros, 1901-1904: 364).

Los soldados y sus oficiales estaban preparados para la defensa de los fuertes de la provincia: San Antonio de la Ribera de Carelmapu, San Miguel de Calbuco —donde tenía asiento una guarnición de infantería— y San Francisco Javier de Maullín —todos en tierra continental—, y San Antonio de Chacao —en la isla grande—. A fines del siglo XVIII, a raíz de la sospecha de amenaza de invasión inglesa, se levantaron los fuertes de San Carlos de Chiloé, en 1768, con traslado de la gente de guerra de Chacao, y junto a él una villa. San Carlos era atendido por una guarnición de caballería, y el sistema de fuertes y baterías levantadas en el borde isleño del canal de Chacao, por una compañía de artillería. Todo para oponerse a los siempre anunciados ingleses, y preparados también los milicianos, pero, eso sí, faltaban armas. Sobre la situación de los fuertes, soldados y milicias de la provincia durante la segunda mitad del siglo XVIII hay varios pareceres, peticiones y planes que ponderaban su importancia estratégica⁷.

2. El movimiento emancipador y la actitud del virrey Abascal hacia Chile

No existe documentación que podamos consultar para responder a la pregunta de cuál fue la actitud de Chiloé ante la noticia de la junta de gobierno de

Santiago de septiembre de 1810, la emancipación del virreinato y el gobierno de José Miguel Carrera. Podemos suponer que en Chiloé, tanto como se rechazaba la invasión napoleónica y el cautiverio de Fernando VII, a lo que se consideraba como un sacrilegio⁸, se rechazaba también como atentado a la monarquía y sacrilegio al juntismo y gobiernos autónomos de Chile. A nadie en Chile se le ocurrió invitar a participar en el nuevo gobierno de 1810 ni a los sucesivos, al país que estaba mas allá de Concepción. A la plaza y presidio de Valdivia y a la provincia de Chiloé no solo se les consideraba mundos aparte, si no que vinculados más al Perú que a Chile. Pero tampoco existían en Chiloé las condiciones de Santiago para actuar con distancia del Rey, aun cuando sea en su nombre. En noviembre de 1807, antes de los hechos de 1810, e incluso, antes de saberse del cautiverio del rey Fernando VII, el cabildo de Castro exponía al Rey que:

«No puede tener Vuestra Majestad otros más dignos... que los de Chiloé, no solo por el heredado connato de leales a la Corona, humildes de corazón y obedientes... que han sabido conservar por casi tres siglos a su propia costa... tan importantes puntos, con que esta provincia es el antemural del Perú y en la que si se apoderan los enemigos causarían infinitos estragos por mar y tierra firme»⁹.

Y así se siguió pensando. Era una sociedad retraída, una periferia al margen de las nuevas ideas, cuyo único lazo cultivado era con el Rey, a través del Virrey de Lima, que enviaba el real situado, sostén de la provincia. El juntismo no solo fue mirado con rechazo, sino como si fuera una traición, pero también como hechos lejanos en un país lejano, y sin posible éxito, por cuanto el virreinato de Lima pronto pondría las cosas en orden.

Antes de que el virrey Abascal se dispusiera a acabar con la revolución de Chile, la provincia había tenido ocasión de demostrar su defensa a los estandartes reales. En primer lugar, en diciembre de 1810 o enero de 1811 buscó refugio precisamente en Chiloé el gobernador de la plaza de Valdivia, el irlandés Alejandro Eagar, depuesto el 1 de noviembre de 1810 por los llamados «insurgentes», al igual que lo ocurrido en Santiago y Concepción. Depuesto, había renunciado en favor del oficial de más alta graduación

●
⁸ «El Cabildo de Castro al Rey», Castro, 9 de noviembre de 1819 (Archivo General de Indias [AGI], Audiencia de Chile, Leg. 468).

⁹ «El cabildo de Castro al rey», Castro, 26 de noviembre de 1807 (Biblioteca Nacional de Chile, Manuscritos Medina [BN, MM], tomo 218: 318-319).

—Ventura Carvallo—, y se instituyó una junta de gobierno que le secundase (Guarda, 2001: 432). Eagar y otros serían enviados presos a Talcahuano en el barco del comerciante español Antonio de Quintanilla (Guarda, 2001: 435) —interesante coincidencia—, cuyo piloto, en realidad, ejecutó lo que Quintanilla le encargó:

«Que aprovechase cualquier ocasión, poniéndose en inteligencia con los presos para salvarlos, bien conduciéndolos a Chiloé si el viento era favorable, o a Lima en otro caso» (Quintanilla, 1955: 24)¹⁰.

Llegaron a Chiloé y fueron los primeros que, desde fuera, dieron a Chiloé la categoría de fiel al Rey.

En segundo lugar, en mayo o junio de 1812, la autoridad del ya restaurado gobierno del Rey en Valdivia, envió a Chiloé al teniente Juan Nepomuceno Carvallo para dar parte de lo sucedido (Rodríguez Ballesteros, 1901-1904: 54) y establecer contacto con Ignacio Justis, gobernador de Chiloé, recién nombrado gobernador de Valdivia por la Regencia (Guarda, 2001: 438). Justis envió por tierra un destacamento de 200 hombres de refuerzo a Valdivia al mando del capitán de granaderos Francisco Arenas, y a Juan Tomás Vergara, ministro de la Real Hacienda, «para arbitrar las providencias necesarias y asegurar la permanencia de la jurisdicción por la causa real»¹¹. Esta era la primera vez que, en el contexto de la revolución, los chilotes, en número de 200, salieron de sus islas a defender al Rey.

En el camino hacia Valdivia pasaron por la ciudad de Osorno, para sofocar cualquier intento de lo que consideraban rebelión. Así lo dice el Cabildo de Castro años más tarde, en 1812:

«En lo mas riguroso del invierno, expedicionó [sic] sus soldados, que por un camino, el mas intrincado y trabajoso, lograron sorprender a Osorno en el mes de junio... y someterla a la debida subordinación de V. Majestad, y pasando de allí inmediatamente a Valdivia, ocuparon igualmente esta plaza, poniendo a ambas a disposición del Excelentísimo Señor Virrey del Perú»¹².

¹⁰ El movimiento de Valdivia no tuvo éxito. En marzo de 1812 ya estaba restituido en su cargo Ventura Carvallo. Uno de los líderes «patriotas», José Miguel Carrera, había conseguido que los valdivianos se opusieran al gobierno de Martínez de Rozas en Concepción, intendencia a la que pertenecía Valdivia, y por lo tanto, logró su apoyo (Guarda, 2001: 436-437).

¹¹ Idem. El autor no cita la fuente.

¹² «El cabildo de Castro al Rey», Castro, 9 de noviembre de 1819 (AGI, Chile, 498).

No sabemos de otro documento que se refiera a esta primera expedición contrarrevolucionaria, antes de que lo dispusiera Abascal. Según lo que dice este documento del Cabildo, en Chiloé se actuó *de motu proprio* con las armas en defensa del Rey, espontáneamente, en un país extraño. Pero aunque extraño, no era como «Chile», porque Osorno estaba también, como el archipiélago, en la retaguardia del «Estado de Arauco», y era menos lejano, por haber sido repoblado en 1796 con numerosas familias de chilotes¹³. Pero otra cosa distinta era Concepción. Así, antes de la contrarrevolución dirigida desde el Perú, los chilotes ya habían dado pruebas con las armas, de ser, como ha dicho Fernando Campos Harriet, «los defensores del Rey».

¿Qué actitud tenía el virrey Abascal ante la junta y gobiernos de Chile? Ocupado por los acontecimientos en el propio Perú, y mientras se sucedían las acciones de autogobierno en Chile, el virrey Abascal tuvo en un comienzo, «una actitud de expectación hasta ver el transcurso de los acontecimientos, aunque con la debida vigilancia para evitar cualquier contacto entre los revolucionarios chilenos y las provincias peruanas» (Díaz Venteo, 1948: 375), mientras que la junta de Chile tampoco buscó enfrentarse con el Virrey, y el comercio entre ambas continuaba. Las consideraciones económicas de Abascal postergaron hasta 1813 la acción contrarrevolucionaria en Chile, como argumenta Cristián Guerrero (Guerrero Lira, 2002: 70 y ss.), y también Vargas Ezquerria (Vargas Ezquerria, 2010: 139 y ss.). Pero luego la actitud de Abascal fue de confrontación, cuando vio que en «la junta de Santiago se escondía un verdadero propósito de independencia» (Díaz Venteo, 1948: 375), con la llegada de Carrera al poder. Entonces decidió atacar Chile y restituir las cosas al estado anterior, convencido que los patriotas chilenos «no tenían un apoyo de masas» (Lynch, 1980: 154). Estaba informado de la inexistencia de tropas regulares y que la revolución era obra de pocos caudillos (Barros Arana, 2002: 12). Esa sería la razón de enviar solo una pequeña fuerza bajo el mando del brigadier de marina, Antonio Pareja, para aplastar a los insurgentes, dice John Lynch (Lynch, 1980: 154). Esto, y la confianza de que en Chiloé se podría conformar tropas de milicianos, complementadas con las de la plaza y presidio de Valdivia.

Desde un comienzo, los planes del Virrey se vieron restringidos por una tropa limitada. El 10 de octubre de 1812 Abascal manifestó a José Manuel

¹³ En 1800 se registran 119 cabezas de familia venidas desde Chiloé (Urbina Burgos, 2004: 315-317).

de Goyeneche su intención de «introducir la consternación en el reino de Chile», por medio de una entrada de 3 000 hombres provenientes de las tropas que habían sujetado Alto Perú, que cruzara la Cordillera de los Andes y avanzara hacia Copiapó y Coquimbo. Goyeneche desestimó este plan, en carta fechada el 9 de noviembre de 1812, por la dificultad del paso por el desierto¹⁴. Díaz Venteo, con el Archivo de Abascal a la vista, y su *Memoria de Gobierno*, publicada en 1944 (Abascal, 1944), dice que el plan de ataque a Chile y el lugar por donde debía iniciarse —Chiloé—, lo dio la ocasión de haberse enterado, el Virrey, de la contrarrevolución de Valdivia y la de Osorno, y la disidencia de Concepción frente al gobierno de Santiago (Díaz Venteo, 1948: 377). Entonces, se encomendó al brigadier Pareja, natural de Medina Sidonia, de casi 70 años, para que se dirigiese al archipiélago a comenzar la contrarrevolución. Carecemos de documentación sobre cómo fue el proceso en que el Virrey decidió comenzar la contrarrevolución en Chile por Chiloé, las instrucciones dadas a Pareja, y en general, documentos que expresen la opinión que Abascal tenía del archipiélago. José Rodríguez Ballesteros, militar español que combatió en Chile junto a Pareja, protagonista de los hechos, dice que Abascal, «mirando al territorio chileno como eje principal para la pacificación de la América por su trabazón y ligamento», envió a Pareja a Chile (Rodríguez Ballesteros, 1901-1904: 50-51), directamente a Chiloé. Es exactamente por donde se recelaba que los ingleses comenzarían la usurpación de América del sur durante el siglo XVIII: por Chiloé.

3. Segunda parte de la ofensiva insular: la actuación del brigadier Antonio Pareja y los chilotes

La vida se siguió alterando, esta vez de manera más abrupta, cuando el 18 de enero de 1813 arribó al puerto de San Carlos, Antonio Pareja, que había sido nombrado intendente de Concepción por el virrey Abascal, pero por no poder tomar posesión de su cargo, por estar «rebelde» dicha ciudad, fue destinado a la provincia de Chiloé, con el título de gobernador (Martínez, 1964: 120, 153). Llegaba al mando de una escuadra de 5 naves que había zarpado desde el Callao el 12 de diciembre de 1812, junto con el sargento mayor José Rodríguez Ballesteros, con soldados, algunos oficiales y dinero en pesos, más vestuario. Díaz Venteo dice «numerosos» oficiales, 6 000 pesos



¹⁴ Ambas cartas citadas por Díaz Venteo (1948: 377), del Archivo del virrey Abascal.

y vestuario, sin nombrar soldados (Díaz Venteo, 1948: 377), mientras que Orrego Luco, en *La Patria Vieja*, si los menciona, en número de 50 veteranos, más «algunos» oficiales subalternos, vestuario, armamento y municiones. En cuanto al dinero, 50 000 pesos (Orrego Luco, 1935, t. II: 218). Rodríguez Ballesteros nada dice de soldados y oficiales, solo «50 000 pesos duros» (Rodríguez Ballesteros, 1901-1904: 51). Ni en esto, ni en ninguna cifra posterior hay acuerdo en las fuentes. El objetivo era formar en tierra chilota un ejército para someter a los insurgentes de Chile, en un avance sur-norte.

La provincia, entonces, dejó de ser la misma: la invadieron los aires militares. Esta, secularmente desatendida, se vio comprometida con los acontecimientos políticos que alteraron su tranquila existencia, cuando tuvo que poner en armas a buena parte de su población. El nombre del Rey se hizo sentir por todo el ámbito del archipiélago, y la palabra chileno fue sinónimo de insurgente.

¿Porqué Abascal envió a los oficiales a conformar la tropa contrarrevolucionaria, precisamente en Chiloé? Como decíamos, faltan del todo sus pareceres. Barros Arana dice expresamente que no logró conocer las instrucciones dadas por el virrey Abascal a Antonio Pareja (Barros Arana, 2002: 13 [nota 5]), y nosotros tampoco. Creemos que fue por la propia singularidad histórica del archipiélago. En primer lugar, la provincia de Chiloé había tenido una existencia marginal en Chile, separada de este reino e incomunicada por interponerse el «Estado de Arauco»; solo mantenida por el Real Situado, que llegaba anualmente desde Lima para pagar al ejército que defendía los fuertes, transportado en un barco que era a la vez la única comunicación y comercio que había en el año con el resto de las posesiones indianas (Urbina Burgos, 1982). Desde los años 1740, con la presencia de la flota de George Anson en la Patagonia insular, aumentó la sospecha de las autoridades españolas que pudiera haberse establecido, o fuera a instalarse en los desprotegidos canales australes hacia el estrecho de Magallanes, una colonia o puerto de apoyo inglés, con la colaboración de grupos indígenas, para operaciones ofensivas en el Pacífico Sur. Cobró Chiloé aún más importancia en el virreinato cuando desde la isla surgió la idea de que fuera justamente ella el objetivo inglés, por tener mantenimientos y mejor posición estratégica para tomar Chile y el Perú. Se le llamaba, por tanto, el «antemural del Pacífico» y «la llave del mar del sur». Ante estas sospechas que iban *in crescendo* a mediados del siglo XVIII, es que el Virrey del Perú decidió mantener más estrecha comunicación y control con Chiloé, y la segregó del gobierno político de Chile, para hacerla

gobernación directa del virreinato de Lima, en 1768. Luego, la elevó a la categoría de gobernación-intendencia, enviando a Francisco Hurtado del Pino, en 1786 como primer gobernador-intendente (Urbina Burgos, 1986b).

A raíz de este proceso, más calificados gobernadores e ingenieros militares llegaron a Chiloé, y se ejecutó un plan para poner en el mejor estado de defensa al archipiélago. Esto contempló el aumento de la tropa, la provisión de armas y cañones, la reparación de los fuertes, la construcción de un barco de la tierra y la activación de los ejercicios militares (Urbina Carrasco, 2009a, cap. 6). Además, se fundó San Carlos de Chiloé, como fuerte y villa para poner a resguardo el norte de la isla y proteger la boca del canal de Chacao, entrada a Chiloé; asimismo, se concentró a los indígenas en pueblos, como ocurrió con San Carlos de Chonchi; se habilitó un camino terrestre entre Castro y San Carlos, en la isla grande, y se intentó abrir otros, también terrestres, para comunicar la isla con Valdivia y con Nahuelhuapi, «puerta de entrada» a la Patagonia occidental (Urbina Carrasco, 2008). Más atención también recibió la plaza fuerte y presidio de Valdivia, también postrera respecto de Chile, aunque más comunicada por estar en el mismo continente, y por existir un camino terrestre entre Concepción y Valdivia.

Este plan defensivo de la isla de la segunda mitad del siglo XVIII tuvo, al menos, dos consecuencias para el proceso de contrarrevolución que estudiamos. En primer lugar, Chiloé era una provincia que estaba preparada para la guerra, que podía proporcionar tropa y milicia, a la que se consideraba en buen estado. Aunque hay opiniones negativas sobre este punto¹⁵, prevalecían los juicios positivos, como el del gobernador-intendente Hurtado, entre 1786 y 1788, sobre la milicia chilota: «los mas distinguidos vasallos, de los más fieles que puede tener el monarca... beneméritos y bien intencionados... tan amantes y fieles a su rey como desinteresados y obedientes, dignos de toda atención», noticia que iba a Lima¹⁶. Agrega, esta vez al Marqués de Sonora, en 1786, que:

«Ninguna otra provincia ha dado a su monarca el amor, obediencia y lealtad que acreditan cuantos expedientes existen en la secretaría del

¹⁵ Por ejemplo, la visión del gobernador de Chiloé Antonio Álvarez de Jiménez en 1805 («Antonio Álvarez de Jiménez al Virrey sobre el estado de la defensa de Chiloé», San Carlos, 8 de marzo de 1805 [AGI, Chile, 437; BN, MM, t. 218]).

¹⁶ «Francisco Hurtado al superintendente de la Real Hacienda de Lima, Jorge Escobedo», Lima, 2 de agosto de 1786 (AGI, Chile, 217).

virreinato de diversos sujetos de carácter y en los distintos tiempos, asegurando todos que causa tal impresión en aquellos dóciles y buenos habitantes el sagrado nombre del rey, que se prestan voluntarios a las faenas, peligros y trabajos más penosos sin paga alguna»¹⁷.

En segundo lugar, los chilotes, que históricamente se habían quejado de estar postergados por el gobierno de Chile, recibieron, desde mediados del siglo XVIII, inusitada atención y recursos que venían desde Lima. Esta vez el Virrey directamente se ocupaba de la provincia y valoraba su importancia, lo que provocó mayor adhesión al virreinato, que representaba al Rey, y contribuye a explicar no solo la nula identificación con el juntismo de Chile y los gobiernos sucesivos, sino la disposición a ir a Chile a luchar por el nombre del Virrey y del Rey.

A estas razones se suma la distancia física del archipiélago con un Chile que comenzaba en Concepción, un país aparte. Este aislamiento también había hecho de Chiloé una sociedad conservadora, realista y muy católica, como un relicto del pasado, dispuesta a luchar por el nombre de Rey, como lo habían hecho en la primera mitad del siglo XVII cuando maloqueaban a huilliches y juncos en el continente, y a los chonos en el sur. Se recordaba como si fuera ayer, estas malocas o entradas como acciones honrosas en defensa del Rey, y fuente de méritos y premios. Tenían los chilotes «una mentalidad que parecía haberse quedado fijada en su etapa fundante, con una visión de mundo ya arcaica» (Urbina Burgos, 1986a). El aislamiento significó falta de noticias y de mercancías, pero también el que no hayan llegado a la provincia nuevos inmigrantes. Chiloé era un lugar endogámico en lo social, pero también en lo cultural.

4. La conformación de las tropas en la isla y su participación en las acciones militares en Chile

El brigadier Pareja llegó a Chiloé, donde era gobernador interino Ignacio Justis, y desde el primer momento recibió un «apoyo caluroso que le permitió organizar rápidamente un cuerpo expedicionario» (Orrego Luco, 1935: 218) para la nueva empresa que anunciaba en nombre del Virrey: someter Concepción. Pareja debía aumentar y organizar tanto el ejército como las



¹⁷ «Francisco Hurtado al marqués de Sonora, 1786» (AGI, Chile, 218).

famosas milicias chilotas: podía utilizar en los preparativos el dinero que guardaban las cajas reales —160 000 pesos¹⁸—, a cargo de Juan Tomás Vergara, y acopiar más recursos para destinarlos a las campañas militares. Este aporte particular vino del padre Javier Venegas, como «parte de socorro de las estrecheces en que se hallaba la caja de Chiloé para la expedición militar a la Concepción de Chile», y ascendió a 16 382 pesos¹⁹. Se iniciaron los llamamientos a la milicia, y consta que el mismo padre Venegas recorrió la provincia entusiasmando a la feligresía a enrolarse en el ejército, y hasta consiguió la participación de 200 indígenas²⁰, pero no hay registro de que efectivamente hayan formado parte de las campañas. Los cuerpos de voluntarios se sumaron a la tropa reglada para ponerse a disposición de Pareja y de los oficiales que con él llegaron, dos sargentos mayores: José Hurtado, chilote, hasta entonces estante en Lima, con el encargo de adiestrar el batallón veterano de San Carlos, y José Rodríguez Ballesteros, a cargo de conformar un batallón de milicianos (Barros Arana, 2002: 14).

Fueron dos meses de intensas preparaciones. Se formó un ejército de más de 1 200 hombres (tampoco hay en esto cifra igual a la otra), entre soldados y milicianos: el Batallón Veterano de San Carlos; un cuerpo escogido de las Milicias de Castro —voluntarios de la isla grande y las demás (llamados «isleños»)—; otros voluntarios (Quintanilla, 1974: 295)²¹; y la Compañía de Artillería, con 8 cañones (Torres Marín, 1985: 15) al servicio de 120 soldados (Barrientos, 1948: 110). Pareja decía que el objetivo era ir hasta Valdivia, reunir más fuerzas y tomar Concepción. Nada decía de bajar hasta Chile Central y Santiago.

Rodríguez Ballesteros dice que Pareja formó un batallón de milicias de 900 plazas. Primero «escogió hombre por hombre», y luego instruyó al cuerpo «y metodizó en 21 días» (Rodríguez Ballesteros, 1901-1904: 54). A este cuerpo se le llamó Voluntarios de Castro y para su mejor orden se le agregó

¹⁸ Idem, sin citar fuentes. Tampoco lo hace Pedro Barrientos, que dice que fueron «más de 200 000 pesos en dinero efectivo» (Barrientos, 1948: 110).

¹⁹ Contribución del padre Javier Venegas a la expedición militar de los chilotos (Lima, 23 de diciembre de 1813) (AGI, Chile, 462). Otra vez Venegas aportó 7 500 pesos en 1814, cuando nuevas tropas chilotas salieron hacia la plaza de Arauco (Informe de Benito Ambrosio Canicova, s. f.) (AGI, Chile, 462).

²⁰ Gabino Mansilla, ayudante mayor del puerto de San Carlos (Lima, 3 de octubre de 1813) (AGI, Chile, 462).

²¹ En 1815 fray Melchor Martínez dice que fueron 816 hombres en total, entre el batallón veterano de Castro y un batallón de milicias (Martínez, 1964 [1815]: 120).

la asamblea veterana. También instruyó y arregló el Batallón Veterano de San Carlos, de 450 hombres, bajo el cuidado de Hurtado (Rodríguez Ballesteros, 1901-1904: 54), y aumentó la Compañía Veterana de Artillería de 60 a 120 artilleros, a las órdenes del teniente de la armada Tomás Pla, con 8 piezas de campaña (Rodríguez Ballesteros, 1901-1904: 55). Por lo tanto, para Rodríguez Ballesteros, el número total de hombres era de 1 470.

La milicia estaba conformada por hombres sencillos que nunca habían salido de sus pueblos e islas de la jurisdicción de Castro. Obedientísimos en el servicio de ambas majestades y arcaicamente monárquicos; fuertes, robustos y sufridos, eran aptos para la guerra, habituados a los ejercicios militares. Acudieron con prontitud a enrolarse en 1813, aunque esta vez era muy distinto: no era para defender, sino ofender, salir de la provincia e ir a Chile. Milicianos y soldados ya habían ido a tierra firme generaciones antes, cuando participaron en las malocas contra los huilliches, juncos, mapuches y los cordilleranos puelches y pehuenches en la primera mitad de siglo XVII. Incluso en el invierno pasado, en el episodio de Osorno.

Había también otros asuntos que atender. Los franciscanos del colegio de Castro fueron a Chile a preparar la opinión pública a favor de los realistas (Orrego Luco, 1935: 219), pero también en Chiloé los religiosos prestaron servicios a la causa del rey. El capellán y vicario general del ejército, Javier Venegas, cura de Chiloé, tuvo autoridad en el Batallón Veterano de Chiloé, bajo el mando del capitán Carlos Oresqui. El gobernador Justis señala cómo el padre Venegas pudo convencer a los granaderos, que al momento de embarcar quisieron desistir de ir a Chile (había temor a aventurarse en un país extraño, supersticiones sobre el continente y la creencia de que en Chile se contraería la viruela), «ofreciéndoles ir en su compañía a cualquiera que fuera su destino, según así se lo exigieron»²². Se entiende, por ser este el inicio de la aventura más grande de los chilotes en Chile, y el primer contacto con un país del que habían estado separados por más de 200 años. Como todos los chilotes, los granaderos veían en el cura, como en los regulares franciscanos, el consuelo espiritual.

Finalmente, el grupo compuesto por 1 470 hombres, 5 buques y 5 grandes «piraguas» chilotas (Barros Arana, 2002: 14, nota 8) (embarcación indígena

²² Informe del Gobernador Ignacio Justis sobre el papel desempeñado por el Padre Javier Venegas en la preparación de la expedición contra Chile (Lima, 20 de septiembre de 1813) (AGI, Chile, 462).

—la dalca— españolizada, de las que Orrego Luco dice que fueron 2, pero grandes [Orrego Luco, 1935: 219]) tuvo orden de zarpar de San Carlos de Chiloé el 17 de marzo de 1813 (Orrego Luco, 1935: 219) y desembarcó en Valdivia el 20, plaza gobernada por el gobernador interino Lucas de Molina. Toda la fuerza fue por mar, aunque fray Melchor Martínez, contemporáneo a los hechos, es el único que dice, sin mas precisión, que Pareja dirigió tropas a Valdivia por mar y por tierra (Martínez, 1964: 123).

Antes de partir las tropas, Pareja había enviado a Valdivia a Justis y a Vergara, oficial de las cajas reales, para preparar la plaza reuniendo las fuerzas disponibles, acumulando municiones y pertrechos y alistando una fragata (Orrego Luco, 1935, II: 219). En Valdivia se aportó a «la guerra de Chile» con 600 hombres del Batallón Fijo de Infantería —con bayonetas—, al mando del valdiviano Lucas Ambrosio de Molina; una compañía de 100 hombres de la Brigada de Artillería, con 12 cañones de campaña (Rodríguez Ballesteros, 1901-1904: 56), y por comandante a José de Berganza; la fragata *Gaditana* y una cañonera, equipadas como transporte (Barros Arana, 2002: 15). Setecientos hombres que, dice Gabriel Guarda, eran todos veteranos. ¿No hubo milicias ni voluntarios, como en Chiloé? Mientras en Valdivia había batallón fijo o permanente compuesto por tropas veteranas, «de la misma clase que los de Ceuta y Orán», con una plaza de 395 hombres pagados (según el Reglamento de 1742), fuera del Estado Mayor y las milicias (Guarda, 1990: 284), en Chiloé la situación era distinta. Históricamente las milicias habían sido mayoritarias, que actuaban solo en caso de peligro, pero la dotación fija era corta: 110 hombres en 1747 y 207 en 1785, por ejemplo. Solo a fines del siglo XVIII, en vistas de la amenaza inglesa, la dotación fue como la de Valdivia, de 393 plazas pagadas (Urbina Burgos, 1982: 233; Olgún Bahamonde, 1970: 96). En Chiloé, incluso, ser español y miliciano eran términos sinónimos. Aunque Guarda dice que al menos en 1742 se consideraban las milicias, estas eran menores que las de Chiloé. En suma, 395 plazas, mas 100 artilleros, un total de 495 soldados y, por lo tanto, los milicianos sumarían 200 personas, para completar los 700 hombres que aportó Valdivia. Los barcos, armas y efectivos, entre veteranos y milicianos, de Chiloé, respecto a los de la plaza, fueron mayoritarios. Los 700 valdivianos eran la mitad de los 1 470 que venían desde Chiloé. La razón está en la condición de Valdivia como plaza fuerte, y de Chiloé, como provincia, y por lo mismo, con más población, arraigada desde antiguo.

Las fuerzas totales, entre chilotes y valdivianos, eran de 2 170 hombres: infantería, artillería y milicianos chilotes. Gabriel Guarda, sin darnos la fuente, dice que las plazas eran en total 2 500 (Guarda, 2001: 441); Rodríguez Ballesteros dice que eran 2 070 (Rodríguez Ballesteros, 1901-1904: 56); Quintanilla, 2 000 (Quintanilla, 1955: 26). Este fue el ejército que inició las campañas sobre Chile, la «contrarrevolución» personificada por la figura de Pareja y sus fuerzas chilotas y valdivianas, más tarde comandadas, y triplicadas por Gabino Gaínza, y por último, Mariano Osorio, todos comandantes enviados desde el Perú por el virrey Abascal. En este punto, es importante mencionar la omisión que históricamente la bibliografía ha hecho del aporte austral en la ofensiva de Abascal. En general la historiografía, al tratar las acciones de Pareja en Chile, inicia el relato con su desembarco en San Vicente (cercañas de Concepción), como si desde el Callao hubiera zarpado con todos los combatientes y sus armas el 12 de diciembre de 1812 y desembarcado en San Vicente el 26 de marzo de 1813. ¿Más de 3 meses de navegación? Cuando se menciona, apenas se repara en Chiloé y Valdivia²³.

Por el trabajo adelantado de Justis y Vergara en Valdivia, solo 3 días estuvieron en ese puerto antes de zarpar, el 23 de marzo de 1813 (Orrego Luco, 1935:

²³ Vargas Ezquerria, dice que, tras reclutar tropa por Chiloé y Valdivia, Pareja desembarcó en San Vicente con oficialidad peruana y tropa chilena, 900 hombres (Vargas Ezquerria, 2010: 135). Esos chilenos que menciona el autor, son, en realidad, chilotes. Dice John Lynch que «así, la expedición española pudo desembarcar en el sur, tomar Concepción y avanzar hacia el norte por el valle central, donde se le unieron muchos simpatizantes chilenos, iniciando una guerra civil» (Lynch, 1980: 154). Ni menciona Chiloé. Guerrero Lira sí que refiere a Chiloé. Dice, en un artículo del 2007, sobre el comienzo de la actuación militar contrarrevolucionaria en Chile: «la elección de la zona de inicio e las operaciones no fue aleatoria. Los destinos iniciales, Chiloé y Valdivia, presentaban guarniciones fieles al rey; seguidamente, la zona de Concepción... podía entregar interesantes recursos a la campaña, y también, asegurar los envíos de trigo y otros productos al Perú» (Guerrero Lira, 2007: 60). Timothy Anna dice que «durante casi cinco años el Perú fue el bastión del poder español, y su éxito militar fue impresionante», éxitos que fueron, dice él, de las «armas virreinales» (Anna, 2003: 77). No son, por lo tanto, los soldados de España, ni los peruanos, sino los «virreinales», donde, agregamos, se incluyen los de Chiloé, que actuaron a nombre del Rey con cada general que envió el Virrey del Perú, sin hacer distinciones. Domingo Amunátegui Solar dice que Abascal «le encomendó [a Pareja] una pequeña base militar, con la cual debía organizar un verdadero ejército en Chiloé y en Valdivia, donde aun se conservaba la fidelidad a la causa del rey» (Amunátegui y Solar, 1945: 61). Similar extensión le dedican Encina y Castedo, aunque no mencionan la disposición de Chiloé, solo que Pareja logró uniformar y disciplinar allí a 1 400 hombres, a los que sumó los efectivos de Valdivia (Encina & Castedo, 1954: 540). Semprún y Bullón de Mendoza, en 1992, dicen que «llega a Chile la expedición de Pareja con cuadros para organizar a los partidarios del rey y algunas fuerzas de Chiloé. Todo ello en muy escaso número, pero suficiente para sostener la campaña», dice refiriéndose a la toma de Concepción. Eso sí, no se mencionan a los valdivianos (Semprún & Bullón de Mendoza, 1992: 103).

219)²⁴. Toda la fuerza se embarcó en la corbeta, un bergantín y 3 piraguas, «casi apilados y con suma estrechez» (Martínez, 1964: 124). Dice un informe sobre el desembarco en San Vicente, el 26 de marzo, que los milicianos chilotes iban animados por el padre Javier Venegas, a quien tenían «devoción». Este fervoroso realista «fue de los primeros que saltó en tierra... y encaminándose con el ejército para el puerto de Talcahuano con tanto denuedo y bizarría que a su ejemplo se animaban sus feligreses»²⁵. Logrando imponerse en San Vicente el mismo día 26, avanzaron a Talcahuano, que tomaron el siguiente día, engrosándose, en el intermedio, las filas del Rey. Consiguieron tomar la ciudad de Concepción, y luego, el ejército restaurador, como se le llamaba, se disponía a avanzar sobre Chillán. Desde aquí en adelante la historia es más o menos conocida: combate de Linares en abril de 1813 y el de Yerbas Buenas el 28 del mismo mes. La fama de los chilotes como grupo disciplinado y valeroso comenzaba a forjarse: dice el oficial Quintanilla que el ejército realista los sorprendió una madrugada a las 5. En medio de la confusión, galopó en busca de un cuerpo que pudiera servir de guardia al general Pareja, y «efectivamente —dice él— me topé con unos 100 hombres que formados estaban descansando sobre las armas»: eran del batallón de Chiloé, y «con ellos —sigue— en buena formación fui al encuentro del general, que ya montado, fue con aquella fuerza hasta la línea de la artillería y posesionados de ella se vio cómo los enemigos huían» (Quintanilla, 1955: 31)²⁶. Luego de lo cual se avanzó hasta la orilla del río Maule. En este punto, señala Juan Mackenna, oficial del bando «patriota», que «verificose la invasión, y se vio con asombro e indignación un puñado de chilotes y valdivianos apoderarse, sin cuasi tirar un tiro, de todo el reino hasta la orilla del Maule»²⁷. Aquí ocurrió un episodio interesante: ya próximos a pasar el río, dice Quintanilla que «se plantó uno de los batallones de Chiloé manifestándose en desobediencia y negándose a

²⁴ Melchor Martínez (1964: 124) también dice que fue el 23 de marzo, pero reproduce en su libro la proclama de Pareja antes de zarpar de Valdivia, a bordo de la fragata Gaditana, con fecha 24 de marzo de 1813, publicada en la Gaceta del Gobierno de Lima, n.º 35, 21 de abril de 1813 (Martínez, 1964: 122).

²⁵ Informe del oficial Miguel de Monreal (Lima, 20 de octubre de 1813) (AGI, Chile, 462).

²⁶ De Quintanilla como «cronista» de la guerra, Barros Arana dice que escribió los apuntes de sus recuerdos «con un propósito serio», y que «se comprueban con los documentos más autorizados». «Estos apuntes son dignos de aprecio cuando se conoce el carácter honrado y tranquilo de su autor» (Barros Arana, 2002: 474).

²⁷ Acusación pronunciada ante el Tribunal de Jurados de Lima por el doctor D. Juan Ascencio contra «El alcance al Mercurio peruano», publicado por D. Carlos Rodríguez y denunciado por el gran mariscal general del Perú D. Bernardo O'Higgins» (1833: 42).

pasar el río». A ellos se les sumaron los demás batallones. Nada pudo hacerse, dice Quintanilla, y el ejército real quedó reducido por las deserciones de «muchos regimientos de caballería de milicias», que se fueron de regreso a sus pueblos o se pasaron al enemigo (Quintanilla, 1955: 34)²⁸. Barros Arana no menciona deserciones, quien sigue minuciosamente los hechos. Ningún documento dice que algún batallón de chilotes haya desertado, pero como señalan las fuentes que fueron los isleños los que pusieron reparos a cruzar el Maule, se dice, corrientemente, que se fueron. Sobre su negativa a seguir avanzando, la razón está en que ellos no confiaban en los realistas chilenos: habían visto pasarse al enemigo a grupos enteros con sus jefes, en consecuencia los consideraban traidores, y confiaban solamente en los valdivianos. Sentían desconfianza en un concierto de batallones de hombres distintos. Pensaban que el cruce del Maule era una trampa de los propios soldados realistas²⁹. Asimismo, esta detención puede deberse a que, para los chilotes, una cosa era someter Concepción, y otra cosa distinta avanzar sobre Chile. Cuando Pareja conformó su ejército de chilotes, lo hizo «ocultando con profundo silencio su destino»: «sólo decía que era dirigida contra Concepción» (Orrego Luco, 1935: 219), pero que en realidad el plan era avanzar con ellos hasta Santiago. Pueden haberse sentido traicionado los chilotes.

Así, tuvo que replegarse el ejército a la villa de San Carlos. Vino la batalla del mismo nombre el 15 de mayo de 1813 y los realistas se fortificaron en Chillán para pasar el invierno. Pareja, enfermo, con casi 70 años, falleció en Chillán el 21 de mayo. En su reemplazo Abascal envió al brigadier Gabino Gaínza, que llegó el 31 de enero de 1814 a Arauco con un refuerzo de 200 soldados peruanos del batallón fijo de Lima. Se sumaron estos al grupo, y se sumó también el refuerzo de un tercer batallón llegado desde Chiloé, de 600 hombres (Torres Marín, 1985: 18). Cruzando el río Maule, se logró un triunfo en Talca y se firmó un Tratado en Lircay —una tregua para ganar tiempo—, que incluso decía expresamente en uno de sus artículos, que los batallones de Chiloé y Valdivia debían regresar a sus lugares de origen (Quintanilla, 1955: 65). Desestimaron este tratado-tregua ambas partes, y por esta razón el virrey sustituyó a Gaínza por el coronel Mariano Osorio, que llegó a Chile con otros 200 soldados peruanos y el batallón de Talavera, la primera tropa recibida desde



²⁸ Refiere el episodio, también, fray Melchor Martínez. Pone como subtítulo en su libro «La resistencia de los chilotes», y en el texto dice que ocurrió por considerar los chilotes que para cruzar el Maule se debían esperar los refuerzos que llegarían de Lima (Martínez, 1964: 104).

²⁹ Barros Arana (2002: 67), refiere como fuentes a Quintanilla y a Rodríguez Ballesteros.

la península (Torres Marín, 1985: 18). La batalla de Rancagua, del 1 y 2 de octubre de 1814, fue la victoria final realista que restituyó el poder del virrey Abascal en Chile, con huida del bando contrario allende los Andes.

Habían transcurrido 1 año y 9 meses desde el desembarco de Pareja en Chiloé. La participación de los chilotos en estos combates fue destacada. Al principio, en cuanto a número, por ser el grueso de los hombres que tomaron San Vicente y Concepción. Luego, cuando ya se unieron más batallones de soldados y milicianos a medida que el ejército avanzaba, se destacaron por su desempeño en los combates y por su fidelidad. En Chile se hablaba del ejército invasor «chilote», no «español» ni «peruano», como se ve en una proclama del gobierno de Chile, de 1813:

«Aún ignoramos todos los designios de la expedición de Chiloé, que como verdaderos piratas, sin preceder antecedente alguno, han invadido nuestras costas»³⁰.

Pero se reconocía su valor, y a ellos iban dirigidas proclamas como esta:

«¡Hasta cuándo, oh fraticidas, provocaréis nuestra tolerancia! Cuáles serán los límites de vuestras sanguinarias intenciones que os mueven a desistir de tantos crímenes la espada de la justicia que amenaza vuestros cuellos, no la inocente sangre chilena derramada con sediento furor, ni la triste desolación del patrio suelo saqueado por vuestra desenfrenada codicia. ¿Cómo os habéis olvidado que sois chilenos hermanos nuestros de una misma patria y religión y que debéis ser libres a pesar de los tiranos que os engañan? ... ea, pues, ya la patria no puede ni debe tolerar tanta malidicencia. Seis mil valientes guerreros se acercan a las murallas del rebelde Chillán... «¡Chilotes! ... cada uno de vosotros que con armas se pase a las banderas de la patria, para aliviar vuestras miserias tendréis 50 pesos y seréis conducidos a vuestro hogar, o si queréis gozar de nuestra suspirada libertad, elegiréis otro destino» (Anónimo, 1946: 251).

En el intertanto, la provincia estaba organizada para sobrevivir sin los hombres, y aún más enviar refuerzos en armas, dinero y combatientes durante 1813 y 1814. Partieron 1 470 con Pareja, pero en «la campaña del reino de Chile», hasta la victoria de Rancagua, octubre de 1814, combatieron en total

más de 3 000 chilotes³¹. Esto, aunque sin recibir nunca más el Real Situado, porque desde que se fueron los chilotes con Pareja «se reputaba a Chiloé sin guarnición» (Quintanilla, 1974: 295).

Había regresado Justis a la provincia de su mando en junio de 1813 (Barrientos, 1948: 111). En septiembre de ese año desembarcó en Chiloé el sargento mayor Ramón Jiménez Navia, enviado por el virrey Abascal para, otra vez, reclutar gente en Chiloé: 600 hombres (Barrientos, 1948: 111). Ya eran 2 070 los oficialmente salidos. En enero de 1814, cuando arribó Gaínza a Arauco, arribó también «un buque de Chiloé con 300 hombres de infantería» (Quintanilla, 1955: 58), lo que suma 2 370. Y luego, en los primeros días de 1817, Chiloé envió a Valdivia «nuevas tropas» —pero no se dice cuántos efectivos— en resguardo de un ataque de los patriotas (Barrientos, 1948: 112). Ya en Santiago, y con la victoria asegurada, el virrey Abascal pidió un grupo de chilotes para su guardia personal: para esto fue destinado un cuerpo «sobresaliente»³². Este era el Batallón de Voluntarios de Castro, que combatió en Alto Perú, al mando de Olañeta (Semprún & Bullón de Mendoza, 1992: 207), y se extinguió en la batalla de Ayacucho. También los chilotes fueron requeridos como guarnición de la recuperada Santiago, «por inspirarle la más alta confianza sus oficiales y tropa». Estos fueron un cuerpo veterano de más de mil hombres³³. El nuevo gobernador del Rey, Francisco Casimiro Marcó del Pont, llenaba de elogios al Batallón Chiloé de los veteranos de San Carlos. De él decía que era un «bizarro cuerpo»:

«Me llena de satisfacción y complacencia el loable entusiasmo con que me ofrece no desmentir jamás el bien merecido concepto que me deben los mejores hijos de Marte, dejándome seguro de que sin marchitar los laureles que dignamente ciñeron en el campo del honor a cada paso de la guerra, trepen luego intrépidos conmigo al postrer escalón que nos ofrece el glorioso alcázar de Belona, para perpetuar allí en dignos loores la memoria, el engrandecimiento y la lenitud del mejor de los monarcas del mundo»³⁴.

Chilotes en Santiago, en Lima y en Alto Perú. Otros, muertos en combate. Pocos podrían haber regresado a la isla. Incluso, en esta época de triunfo,

³¹ «Quintanilla al Rey, San Carlos de Chiloé», 1 de abril de 1822 (Quintanilla, 1964).

³² «Quintanilla al Rey, San Carlos de Chiloé», 1 de abril de 1822 (Medina, 1964).

³³ «Quintanilla al Rey, San Carlos de Chiloé», 1 de abril de 1822 (Medina, 1964).

³⁴ Marcó del Pont a Francisco de Armas, comandante del Batallón Chiloé, 1816 (*Viva el Rey. Gaceta del Gobierno de Chile*, II: 241).

una partida se destinó a Chiloé a reclutar gente para reforzar el ejército peninsular de Talavera: se fueron 300 jóvenes más³⁵. Más aún, cuando había caído Chile, pero Chiloé resistía en el virreinato, en 1823 el virrey de la Serna, «con el mayor empeño exigió que se remitiesen 30 hombres chilotes para la guardia de su persona» (Quintanilla, 1974: 305). La fama conseguida por los chilotes estaba intacta. Salieron desde Chiloé estos hombres, la mayor parte eran del Batallón Veterano, pero cayeron en manos de los enemigos al no haber habido lugar alguno para desembarcar en la costa del Perú (Quintanilla, 1974: 305).

En plenos combates en Chile, en una fecha indeterminada entre 1812 y 1814, se publicó impreso en Lima una diálogo, a octavas, «entre Chile patriota y Chiloé realista». La última octava dice:

«Y vosotros, Chilotes, que leales
defendéis de Fernando los derechos,
vosotros, que escribís con vuestros hechos,
de vuestra noble Patria los Annales,
recibid el renombre de inmortales,
pues son impenetrables vuestros pechos;
tiemble Chile al mirarlos tan valientes
y mueran de una vez los insurgentes» (Anónimo, 1957: 250).

También en la capital del virreinato hay una proclama de 1814 escrita por un chilote del Cuerpo de Artillería de Lima, cuando los militares de Chiloé eran considerados «reconquistadores del reino de Chile», que «darán eterno testimonio» de que «cuando casi toda América deliraba en su soñada independencia, los fieles hijos de la provincia de Chiloé del pensil peruano, militando bajo la bandera del rey, defendieron la causa de la nación y sujetaron a la española metrópoli a todo el reino de Chile, que dejando las bases del quicio de la lealtad se precipitaba en un horroroso exterminio de sí y de sus hijos». Por eso, «el sagrado reino de Chile se llena de terror al oír nombrar a los chilotes» (Anónimo, 1963: 486-487). Así, los soldados chilotes fueron dignos de las mayores ponderaciones. En 1822, el general Quintanilla, gobernador de Chiloé, recordaba sus actuaciones en Chile: hablaba del «mérito de estos provincianos», y de Chiloé como «esta benemérita provincia, que a nadie cede en amor a V. M.» (Torres Marín, 1985: 26-27). Por todos estos elogios, por la gesta de San Vicente y sucesivas, por el sacrificio de una provincia pobre

³⁵ «Quintanilla al Rey, San Carlos de Chiloé», 1 de abril de 1822 (Medina, 1964).

y la permanente remesa de hombres en armas a Chile y Perú, en Chiloé se vio como «un triste y vergonzoso desaire» el que el virrey Abascal no hubiera accedido a confirmar las propuestas de los empleos y grados que, durante el tiempo de «la guerra de Chile» se habían entregado a los jefes y generales del ejército de Chiloé, ni tampoco las hubiera elevado a la confirmación del Rey, habiendo cerrado el asunto por un decreto del 8 de noviembre de 1815³⁶. Aun así, se siguieron enviando tropas adonde el Virrey las requería.

5. Tercera parte del proceso: Chiloé independiente del gobierno de Chile (1817-1826)

Restaurado el poder español en Chile, entre octubre de 1814 y febrero de 1817, lo que en realidad fue un paréntesis en el proceso de emancipación, se produjo el cambio de mando en el virreinato: Fernando de Abascal, luego de 10 años en el poder, pidió su relevo. En octubre de 1816 asumió como virrey Joaquín de la Pezuela. A los pocos meses de ese hecho, el «Ejército de Los Andes» cruzó la cordillera, y luego de la batalla de Chacabuco, el 12 de febrero de 1817, entró a Santiago. Era el triunfo de la independencia. Los depuestos realistas se embarcaron en Valparaíso hacia el Perú. En cuanto a los soldados y milicianos chilotes, pocos regresaron a sus tierras, porque, combatiendo en Chacabuco junto al brigadier Maroto, los regimientos Talavera, Chiloé y Valdivia fueron exterminados en el campo de batalla (Quintanilla, 1955: 90). Otros servían desde antes en el Perú, como ya se ha señalado. El número de chilotes que regresaron a la isla es indeterminado. El Cabildo de Castro dice, en 1819, que habían salido hasta entonces 2 000 chilotes, de los cuales ya habían muerto 800 a esa fecha³⁷.

En esos años de guerra la isla quedó casi despoblada de hombres, tanto que el gobernador-intendente Ignacio Justis «no pudiendo resistir tantos clamores de viudas y huérfanos que produjo la desastrosa guerra de Chile» (Quintanilla, 1974: 295), pidió su relevo. En su lugar el virrey Pezuela había conferido el gobierno de Chiloé al brigadier Ramón González de Bermedo, quien, hecho prisionero, no llegó a ocupar su cargo³⁸. Entonces el virrey, el 20 de marzo de 1817, nombró a Antonio de Quintanilla, estante en Lima luego

³⁶ «Quintanilla al Rey, San Carlos de Chiloé», 1 de abril de 1822 (Medina, 1964).

³⁷ El cabildo de Castro, 9 de noviembre de 1819 (AGI, Lima, 468).

³⁸ «El virrey del Perú al Rey», Lima, 20 de septiembre de 1819 (AGI, Lima, 1120).

del desastre de las armas españolas en Chile, gobernador político y militar del archipiélago.

Los soldados y oficiales, como Quintanilla, que desde Chile se fueron al Perú, fueron enviados por el Virrey a Concepción, que se suponía aún realista, como lo era Chiloé. Desde el Callao salió la expedición, en la que iban chilenos (la mayoría), chilotes y valdivianos (las fuentes siempre los diferencian). La orden del Virrey era que si en Concepción ya no quedasen tropas del Rey, debían todos desembarcar en Chiloé. Pero sucedió a bordo un episodio interesante: en pleno viaje a Chile, uno de los coroneles a bordo, Antonio Morgado, comunicó a Quintanilla que «estaba determinado, contando por supuesto con la aquiescencia de los oficiales, que por ser chilenos los mas, estaban convenidos en pasarse con la fuerza al enemigo antes que ir a Chiloé» (Quintanilla, 1955: 92-93). Era Chiloé un país extraño, remoto y atrasado para los chilenos. Pero desembarcaron la mayoría (tampoco se dice cifras) en Talcahuano, realista, y continuó la fragata *Palafox* a Ancud, con «los restos de ejército de Chile y un crecido número de familias distinguidas adictas a V. M.», los que «en esta fiel provincia encontraron apoyo y seguridad» (Torres Marín, 1985: 27). El número es también desconocido.

En la *Palafox* llegó Antonio de Quintanilla. Era Cántabro, nacido en 1787, y había llegado a Chile a los 14 años para dedicarse al comercio. Aquí lo sorprendieron las guerras de independencia y se alistó, en Concepción, 1813, como subteniente de infantería, agregado al batallón de Valdivia, con el cargo de ayudante de órdenes del general Pareja (Vázquez de Acuña, 1974: 288). Desde Chile a Lima y desde allí a Chiloé. Mientras Chile era independiente, Chiloé seguía con gobernador y al mando del Virrey. Por eso, es posible decir que el proceso de independencia pasó inadvertido en Chiloé.

La intención era, otra vez, potenciar a Chiloé como puerta de entrada para recuperar Chile. Quintanilla arribaba con la esperanza de los refuerzos que llegarían desde España o Lima para, una vez más, liquidar la revolución en Chile y luego, en el Perú. Pero esos refuerzos de España nunca llegaron. El archipiélago se convirtió en un foco de resistencia. En realidad ¿era un reducto o planteaba una resistencia que esperaba reconquistar Chile? De los últimos bastiones, Delfina Fernández considera a Chiloé como el caso más llamativo, por haber llegado a constituirse prácticamente como un pequeño estado, situado «a tantos miles de kilómetros, sin socorros, sin armamentos».

Agrega que «esa despedida de los españoles de América continental es casi tan valorable como la de la conquista» (Fernández, 1992: 15). Se reconoce

la isla a sí misma, comprendiendo su situación, como «esta tan fiel como benemérita provincia, se mantiene adicta y en constante amor al paternal gobierno de V. M. y de la heroica nación española»³⁹.

Era el refugio de la resistencia. Luego de Quintanilla y la tropa chilota que con él volvía (no se dice cuántos), llegaron muchos más. La definitiva derrota realista en Maipú, en febrero de 1818, obligó a muchos a dirigirse a Lima, Valdivia y Chiloé, aunque tampoco se da una cifra. Dos años más tarde, luego de la caída de Valdivia, en febrero de 1820, se refugiaron en Chiloé «muchos oficiales y como unos 100 soldados», que se incorporaron a la guarnición insular⁴⁰. A todos los refugiados, con sus familias, había que sostener. A fines de 1817, Chiloé era un país lleno de pobres, viudas y huérfanos «de los muchos que habían muerto en la guerra, que quedaban en Chile y servían en el Perú» (Quintanilla, 1955: 97). Las tierras, incultas, el situado inexistente. No había ni un soldado veterano, y solo unas milicias atendían el puerto de San Carlos, que por no recibir sueldo, se relevaban mensualmente. Tampoco había oficiales ni dinero, solo 200 fusiles antiguos «y uno que otro cañón en mal estado, que por inútil, no se había llevado Pareja» (Vázquez de Acuña, 1974: 290).

Después de la batalla de Chacabuco, Chiloé, bloqueada marítimamente, estaba aún más alejada del virreinato. En octubre de 1818 recibió refuerzos desde Lima: algunos oficiales, soldados y armamento. Con ellos, Quintanilla se dedicó a «aumentar y disciplinar las tropas regulares y de milicias, restaurar castillos y fuertes, reorganizar la administración e infundir fe y esperanza en los isleños, ya que no dudaban de la llegada de pronto socorros desde España» (Vázquez de Acuña, 1974: 290). En junio de 1820, dos años más tarde, llegó otro bergantín de Lima con 25 mil pesos y cantidad de paño y brin para hacer vestuario a la tropa (Torres Marín, 1985: 27), que entre chilotes y refugiados, llegaba la guarnición a 1 200 hombres, más sus familias⁴¹. Otra vez mediando dos años recibió algunos auxilios, cuando en noviembre de 1822 en la goleta *Doris* llegó su colaborador, José Rodríguez Ballesteros, quien había sido enviado por Quintanilla a Lima (y habilitado para ello una fragata) a buscar socorros. Llegaba solo con la mitad de lo que había enviado el virrey de la Serna, originalmente 10 mil pesos en dinero y en especie, porque habían sido



³⁹ «Quintanilla al Rey, San Carlos de Chiloé», 1 de abril de 1822 (Medina, 1964).

⁴⁰ «Quintanilla al Rey, San Carlos de Chiloé», 1 de abril de 1822 (Medina, 1964).

⁴¹ «Quintanilla al Rey, San Carlos de Chiloé», 1 de abril de 1822 (Medina, 1964).

atacados (Torres Marín, 1985: 34). La esperada flota llegó desde España el 28 de abril de 1824, 7 años más tarde del comienzo de la resistencia chilota. Provenientes desde Cádiz, el navío *Asia* y el bergantín *Aguiles* (Moreno, 1984: 84), traían algo de dinero. Pero se fueron al Callao sin efectuar en conjunto una campaña contra Chile, como se esperaba en Chiloé. Por último, otro reducido refuerzo, esta vez de hombres, llegó desde Lima el 6 de febrero de 1825 en la fragata *Trinidad* y la goleta *San Felipe*, pero solo cuando el Callao había caído en manos de la insurgencia: «varios oficiales y tropa» (Vázquez de Acuña, 1974: 305).

Aún así, más que resistencia, la situación de Chiloé fue de ofensiva, porque no solo se resistía a caer, sino que se actuaba activamente, agotando todas las posibilidades. Estas gestiones fueron tres: el constante envío de efectivos a combatir en las guerrillas de Chile, el envío de corsarios al Pacífico y los permanentes intentos de comunicar, tanto a las autoridades de Lima como a España, el buen estado de militar de la isla y la disposición para, con refuerzos, hacer la guerra en Chile.

6. Refuerzos a Chile

Con toda su falta de hombres y la pobreza, la provincia pudo remitir nuevas tropas a combatir a Chile. Primero, en 1817 envió en dos ocasiones a más de 100 hombres cada vez, a la sitiada Talcahuano⁴². Otra vez, el 6 de marzo de 1818, se enviaron a Talcahuano 2 compañías del batallón veterano de Chiloé —118 hombres— más 13 artilleros⁴³. Luego, el virrey Pezuela dispuso reorganizar el batallón de infantería de Chiloé, extinguido en Chacabuco, y para ello encomendó al comandante Saturnino García, quien se dirigió a Talcahuano para recoger a los pocos oficiales que quedaban en Chile. Llegaron a Chiloé en octubre de ese mismo año de 1818 (Vázquez de Acuña, 1974: 296), con 200 fusiles (Quintanilla, 1955: 99). A pesar de todo, se pudo formar otro grupo: un batallón de jóvenes sacados a la suerte de los cuerpos de milicias, y una compañía de artillería (Quintanilla, 1955: 99). Esta fue la base de las tropas que operaron en Chiloé por 9 años más (Vázquez de Acuña, 1974: 290), «gracias a la buena índole de los habitantes y el convencimiento

⁴² «Quintanilla al Rey, San Carlos de Chiloé», 1 de abril de 1822 (Medina, 1964).

⁴³ «Oficio de Quintanilla sobre envío de voluntarios al general mariano Osorio», San Carlos 6 de marzo de 1818 (Medina, 1964: 284).

de la defensa del país», dice el gobernador (Vázquez de Acuña, 1974: 296). Recién formado el grupo, otras 2 compañías fueron enviadas a Talcahuano, a ponerse a las órdenes del ejército realista (Quintanilla, 1955: 99). Y más aun, a fines de 1820 cuando ya había caído Valdivia, respondiendo a una petición de refuerzos del comandante de Arauco, desde Chiloé se embarcaron como voluntarios «casi todos oficiales del cuerpo de Dragones y alguna tropa», dice Quintanilla, interesados en la paga y vestuario, que en Chiloé era inexistente (Vázquez de Acuña, 1974: 298). En abril de 1822 decía el gobernador que «en meses pasados» envió tropas, oficiales y bastimentos a combatir, junto al comandante Vicente Benavides, en la guerrilla que mantenían con aliados mapuches⁴⁴. Campos Harriet afirma que Chiloé «se convirtió en el arsenal de recursos para los capitanes que mantenían la guerra de montoneras en la Araucanía» (Campos Harriet, 1958: 142). Al Virrey la isla remitió, en 1820, el escuadrón de caballería formado con los restos de ejército que había combatido en Chile, en un bergantín que compró la real hacienda de Chiloé y al que se le puso «El Chilote» (Quintanilla, 1955: 108); y en 1824, luego de la victoria chilota en el segundo desembarco en su isla, respondiendo a la solicitud del virrey de la Serna, 30 chilotes del batallón veterano fueron a servir a su guardia personal.

7. El corso

Pudo también hacer el corso, al llegar a Chiloé una goleta, con un contra maestre —el italiano Mateo Maineri— quien quiso dirigirse a Chiloé. Allí se puso a las órdenes del gobernador, se agregaron cañones. Lo mismo que otro bergantín, inglés, arribado a Chiloé con algunos prisioneros realistas fugados. A ambos barcos Quintanilla les dio patente de corso, las envió a correr los puertos de Chile y Perú en septiembre de 1823, y cogieron recursos para la isla, que duraron para todo el tiempo de la resistencia, y eso que sus correrías duraron menos de un año (Torres Marín, 1985: 34-35). Gonzalo Bulnes llama a Chiloé «foco de piratas» (Bulnes, 1897: 694), que hacía inestables la independencias americanas.



⁴⁴ «Quintanilla al Rey, San Carlos de Chiloé», 1 de abril de 1822 (Medina, 1964).

8. Preparación militar y búsqueda de apoyo para hacer campañas en Chile

En Chiloé, sin Situado, paga, ni comunicación, y además, con San Carlos incendiado —40 casas quemadas luego que disidentes isleños prendieran fuego en 1817—, se organizó de la mejor manera posible a los hombres de armas, vistiendo al ejército con tejidos de la tierra, reduciendo la dieta a solo papas y mariscos, licenciando temporalmente a partes del ejército (Vázquez de Acuña, 1974: 300). No hubo intentos de someter a Chiloé, sino hasta 3 años más tarde de la batalla de Chacabuco y la restauración del gobierno independiente. Fue el ataque de una escuadra chilena al mando de un inglés, Cochrane, el 13 de febrero de 1820, que luego de haber conseguido apoderarse de Valdivia venciendo con astucia su sistema de fuertes, intentó en Chiloé tomar el fuerte de Agüi. Solo la guarnición de Agüi, «un batallón de chilotes que nunca habían oído silbar las balas por sus oídos» se lo impidió (Quintanilla, 1955: 102), y los chilenos tuvieron que irse. Este hecho llenó de entusiasmo a los nuevos cuerpos armados insulares, «pues era una juventud sin más experiencia que un año de disciplina» (Vázquez de Acuña, 1974: 298). Para entonces se informaba al Rey que Chiloé «ha hecho y está haciendo por un milagro de la divina providencia una defensa de la que se asombran los enemigos y tiene pocos ejemplos en la historia de esta revolución»⁴⁵. De la gesta de Agüi se enorgullecían los chilotes, también comparándose con Valdivia, que bien provista de fuertes y numerosos batallones, se perdió fácil. Al huir los valdivianos hacia Chiloé, antes de cruzar a la isla, les salió a su encuentro el gobernador Quintanilla, diciéndoles que se devolviesen a recuperar Valdivia, abandonada sin una resistencia debida, «poniéndoles por ejemplo lo que habían hecho los chilotes bisoños en la defensa de su país» (Quintanilla, 1955: 103). Regresaron los de Valdivia pero fueron derrotados en el camino. El resto, se fue a Lima.

Solo 4 años más tarde de la derrota de Cochrane volvió Chile al ataque, esta vez las fuerzas al mando del propio director supremo de Chile, Ramón Freire, con 5 buques de guerra y 4 transportes, y una fuerza de desembarco de 2 149 hombres, sin incluir la dotación naval, dice Vázquez de Acuña (Vázquez de Acuña, 1974: 291)⁴⁶. La razón que da Quintanilla de este segundo ataque

⁴⁵ «Oficio al rey dándole cuenta de los sucesos de la isla de Chiloé desde la expedición de Pareja», citado en Torres Marín (1985: 26-27).

⁴⁶ Las «campañas» de Chiloé están narradas con detalle por Diego Barros Arana, en *Las campañas de Chiloé*.

de los «disidentes» es por los gastos que les suponía mantener guarnición en Valdivia y el bloqueo interpuesto por Chiloé (Vázquez de Acuña, 1974: 302). Desembarcaron en Chacao el 22 de marzo de 1824, pero en el paraje de Mocopulli se impusieron los chilotes y la escuadra se fue. Esto, aunque las fuerzas chilotas en ese combate eran 291 hombres (Martínez, 1964: 361-362, dcto. 53). Después de esta segunda victoria en su propia tierra, la moral se elevó, e incluso más, cuando a los pocos días de la retirada de los buques chilenos llegaron los refuerzos desde Cádiz.

Estos eran el navío *Asia* y el bergantín *Aquiles*, que traían algo de dinero para regular al menos un poco las pagas, pero más de 1 000 nuevas bocas que alimentar (Moreno, 1984: 84). Esta arribada provocó alegría y esperanza. Traía el *Asia* real orden de 19 de diciembre de 1823, en que manifestaba el rey «su Real agrado y satisfacción por los buenos servicios que le había rendido el gobernador de Chiloé y sus subordinados, indicando su Real voluntad de premiar a los más beneméritos» (Vázquez de Acuña, 1974: 305), lo que reivindicaría la anterior negativa de Abascal. Los chilotes vieron en este despliegue militar los refuerzos que estaban esperando para atacar Chile, para eso se habían estado preparando. Se desilusionaron cuando Guruceta se negó diciendo que sus órdenes eran arribar primero a Lima antes de actuar en Chile.

Aparte de esta llegada con noticias del Rey, no se recibían más ni desde la península ni desde el virreinato, y menos respuesta a los auxilios que el gobernador pedía a Lima. Solo el 6 febrero de 1825, por medio de la arribada de 2 barcos desde la caleta de Quilca, Perú, con realistas derrotados, los chilotes se enteraron del fin de la resistencia en Ayacucho. Con esta noticia —dice Quintanilla— «todos los fieles y amantes a su Soberano previeron las funestas consecuencias y el trastorno de opinión que iba a producir en todos los ánimos» (Vázquez de Acuña, 1974: 305). La provincia de Chiloé, junto con el recinto de la plaza fuerte del Callao, defendida por una guarnición de 2 200 hombres, más un batallón de voluntarios de 800 (Bulnes, 1897: 652-653), era el único lugar de América del Sur donde flameaba la bandera española. En la rendición de Ayacucho no se contempló entregar Chiloé (Fernández, 1992: 155). Al conocer la gente del archipiélago la noticia de Ayacucho y la ausencia de virrey de La Serna, «han acordado en diferentes juntas celebradas al efecto que el suceso infausto de Ayacucho se mire como una desgracia parcial de la metrópoli, de quien directamente depende esta benemérita provincia, que a ella ha hecho los sacrificios que son notorios, los cuales serían

ilusorios si por un incidente de esta naturaleza diese un paso de que tuviese que arrepentirse»⁴⁷. Quintanilla pensaba que podrían «recibir auxilios de nuestro superior gobierno tan luego como llegase a su noticia nuestra constancia» (Torres Marín, 1985: 45). Con esta esperanza la defensa chilota continuó en la isla intentando comunicarse con otros reductos realistas, buscando esos auxilios, noticias de la resistencia o sobre España. José Ramón Rodil, jefe de la plaza del Callao, y Antonio de Quintanilla mantuvieron constante correspondencia, que Campos Harriet pondera como «de una sinceridad conmovedora», al saberse sin Virrey, sin auxilios, bloqueados y presionados por la propaganda contraria (Campos Harriet, 1958: 143). Desde Chiloé partió la goleta *Real Felipe*, «con buena guarnición» hacia el Perú, con el fin de comunicarse con alguna autoridad que aún quedase —estaba Olañeta—, pero fue apresada sin cumplir el objetivo de volver con noticias (Vázquez de Acuña, 1974: 306). Al mismo tiempo, pero en dirección contraria, partió a Río de Janeiro una goleta con correspondencia para el cónsul español allí residente y 60 barriles de tabaco polvillo para comerciar en el destino. Tuvo que pasar un año para que regresara la goleta, conduciendo algunos efectos, pero nada relativo a algún socorro que se enviaría desde España, que era la esperanza (Vázquez de Acuña, 1974: 306). Más tarde, el 25 de junio de 1825 había escrito Quintanilla al Rey:

«Yo espero que ya habrá salido de esa península alguna expedición para algún punto de esta América, y esa es la única esperanza que me queda para poder mantener este territorio por la justa causa del Rey. De este modo se restablecerá la opinión y podré contar con la gloria de haber sostenido esta provincia, único punto que en toda esta América no ha sido ocupado por los insurgentes hasta esta fecha»⁴⁸.

Luego de Ayacucho, las esperanzas estaban puestas en España.

Cuando se comenzó a planear la tercera, última y única victoriosa expedición chilena a las islas, a mediados de 1825, existían otras circunstancias. Esta vez comparecían en las motivaciones el orgullo del director supremo Freire, el que ya no era necesario afianzar la independencia del Perú, y las intenciones de Simón Bolívar. Dice Delfina Fernández que en 1825, en las filas chilenas corría como rumor que la situación de Quintanilla era tan extrema que

⁴⁷ «Quintanilla a Francisco Antonio Pinto, Ministro de Relaciones del Estado de Chile», San Carlos de Chiloé, 7 de marzo de 1822, en Barros Arana (2002: 166-167).

⁴⁸ «Quintanilla al Ministro de la Guerra», 25 de junio de 1825 citada en Torres Marín (1985: 49).

este había ofrecido el archipiélago a Inglaterra, o a cualquier extranjero que lo aceptase (Fernández, 1992: 171). A raíz de esto, Bolívar decía, en carta fechada el 30 de mayo de 1825, haber recomendado al gobierno de Chile incorporar a Chiloé antes que lo hiciese alguna potencia extranjera. Pero, al no ver reacción, Bolívar dijo estar dispuesto a mandar una expedición si los chilenos no lo hacían antes (Fernández, 1992: 172). También se hablaba de que el archipiélago se vendiese a sí mismo (Fernández, 1992: 171). En Chile se pensó que los chilotes pudieran dejarse anexar a Bolívar, por no ceder ante ellos; o a Inglaterra o a otra nación que nos liberara de los chilenos. Pero nada más alejado de la realidad, dice Torres Marín. Cuando ya no había esperanzas de apoyo del Rey y desde Chile se planeaba una tercera campaña, Quintanilla escribía a su lugarteniente en el partido de Castro, Rodríguez Ballesteros:

«Disuada Ud. a todo el que piense en independencia sin sujeción a Chile de esta provincia»⁴⁹.

Chile, para evitar el alegato de Bolívar según el principio del *Uti Possidetis Iuris*, como presidente que era del Perú, comenzó a preparar una expedición en octubre de 1825. En la tercera llegada del gobierno de Chile, otra vez Freire, en 1826, pudieron imponerse los chilenos: Freire llevaba 6 buques de guerra, 4 transportes, y más de 3 000 hombres. Además, se pasaron al bando enemigo 26 oficiales de Chiloé, 2 jefes y «mucha tropa» (Vázquez de Acuña, 1974: 308): los chilotes eran muy inferiores numéricamente, ya estaban desgastados de 13 años de guerra sin recibir refuerzos ni esperanzas. No se veía una solución. Quintanilla, quien siempre se había conducido con diplomacia y dignidad frente a las autoridades de Chile, y que a pesar de su apremiante incomunicación y los constantes intentos del gobierno de Chile por hacerlo capitular, siempre se había mantenido inflexible a ello. Pero después del combate de Bellavista con las fuerzas de Freire, el gobernador accedió a capitular. El Tratado se firmó en Tantauco el 19 de enero de 1826 «en las condiciones más honrosas para las armas del Rey». Los chilotes firmaron orgullosos de haber resistido 1 año, 1 mes y 11 días después de la batalla de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824.

Cuatro días después se firmó la rendición del Callao, el 23 de enero de 1826. Pero hay que precisar que mientras en Chiloé se habló de capitulación el 18 de

⁴⁹ «Quintanilla a Rodríguez Ballesteros», San Carlos, 27 de octubre de 1825, en Barros Arana (1856: 170).

enero y se ratificó al día siguiente, en el Callao comenzaron las negociaciones el 11 de enero —en que «amaneció enarbolada la bandera de parlamento en el torreón de Casas Matas, del Real Felipe» (Bulnes, 1897: 679)— y se ratificaron el 26. Es decir que, dice Fernández, «el jefe del Callao se dispuso primero a la entrega» (Fernández, 1992: 225). En España, la rendición de Chiloé se supo después de la del Callao: una carta al Rey fechada el 11 de junio de 1826 informaba la caída del Callao y la permanencia de Chiloé (Fernández, 1992: 176).

Conclusiones

La contrarrevolución impulsada por el virrey Abascal en suelo chileno fue posible porque la gobernación-intendencia de Chiloé se comprometió a ella, y no solo porque los chilotes conformaron la primera tropa que combatió contra los revolucionarios de Chile, sino también porque el archipiélago mantuvo constante envío de hombres, y se constituyó como el centro de operaciones del Rey en el sur del virreinato.

Los preparativos militares de la segunda mitad del siglo XVIII, de reforzar tanto Chiloé como Valdivia, tuvieron su efecto no contra los ingleses, sino contra los independentistas. El virrey Abascal dio inicio a su contrarrevolución para recuperar Chile, precisamente en Chiloé, el antiguo «antemural del Pacífico», como se acostumbraba decir en la isla, tal como se pensaba que lo harían los ingleses. Las victorias realistas en Chile y la restauración del poder de la monarquía en 1814 viene a confirmar «con la fuerza de los hechos —dice Gabriel Guarda—, que el dueño de los puertos australes lo era automáticamente de todo el reino». Así, explica Guarda, para el virrey Abascal primero, y para de la Pezuela, después, la posesión de Chile es vital para la conservación del Perú, tal como se pensó durante todo el periodo colonial (Guarda, 1990: 324). De estas posesiones, la de Chiloé era clave, por ser provincia —y no solo plaza militar—, y por ser rectora de los territorios que por derecho pertenecían a la corona española hasta el confín del continente (la Patagonia insular y continental), que eran parte de su jurisdicción (Vázquez de Acuña, 1993).

La historiografía sobre el proceso y guerras de independencia no ha incorporado a Chiloé en su análisis. Como escribió Manuel Torres Marín, en 1985, siempre se ha señalado a Ayacucho como la batalla final, aun cuando tanto la provincia de Chiloé como la fortaleza de el Callao siguieron resistiendo

por un año más⁵⁰. Y cuando lo hace, como el libro *Últimos reductos españoles en América*, de 1992, trata lo que aquí hemos llamado la tercera parte de la actuación chilota: la resistencia en la isla.

Pero había diferencias aún en esta última etapa: mientras Chiloé era una provincia que en su totalidad —españoles, mestizos, indígenas, todas familias de largo arraigo, instituciones, maneras propias de llevar su existencia— estaba comprometida con la resistencia, el Callao era una plaza fuerte sostenida solo por soldados. Quintanilla fundaba su gobierno y resistencia en el apoyo de su provincia, expresado en el Cabildo de Castro; Rodil «se sostenía por medio del rigor implacable que ejercía sobre todos los que estaban encerrados con él dentro de su plaza fuerte» (Torres Marín, 1985: 48-49).

La defensa de Chiloé por Antonio de Quintanilla, el último gobernador del Rey, entre 1818 hasta la capitulación de 1826 (la emancipación de Chile fue en 1810), ha sido llamada por la historiografía «el último bastión español» de América. Con ello se ha sugerido que el jefe español y sus oficiales tenían sometida la Provincia y obligada a mantenerse por la causa del Rey. Pero no fue así. Nada habría podido hacer Quintanilla sin los chilotes a pesar de la ausencia de recursos que inútilmente se esperaban de la Corona, y de las desventajas en que estaban ante los mayores contingentes patriotas que la atacaron 3 veces, si el Cabildo de Castro no hubiera respondido en favor de la defensa a todo trance cada vez que fue consultado sobre continuar la guerra o decidirse por la capitulación.

Esto no quiere decir que no hubieran disensiones internas. Chilotes patriotas también había en el interior de Chiloé y en Chile, así como intentos de «golpes de Estado» por los disidentes, pero sofocados a tiempo, como el ocurrido al poco tiempo de la derrota realista de Chacabuco y la llegada de Quintanilla a la isla, estando bloqueada la comunicación con Perú. Un grupo prendió fuego al pueblo de San Carlos, para ocasionar confusión y desorden con el fin de dar muerte al gobernador. Cinco de los autores fueron ahorcados (Vázquez de Acuña, 1974: 296). También, al saberse, el 6 de febrero de 1825, la noticia de la derrota del Ejército Real en Ayacucho, al día siguiente hubo

●
⁵⁰ Torres Marín (1985: 1) señala sobre la batalla de Ayacucho como el término de la dominación española en América del Sur: «Los que se ocupan de estos hechos de manera superficial suelen fijar los ojos únicamente en dicha batalla, y se quedan con la impresión de que todo acabó ese día. No hubo tal. La resistencia de las fuerzas del rey prosiguió durante un tiempo considerable en dos lugares distintos muy separados entre sí». La isla de Chiloé y la fortaleza del Callao.

un intento de rebelión, descubierto por las autoridades, con consecuencias de un fusilado y varios desterrados (Vázquez de Acuña, 1974: 305). En la campaña de Cochrane actuaron chilotes patriotas, lo mismo que en las de Freire, como en la toma de la batería de Barcatura en 1826. En esa ocasión el ejecutor al mando del destacamento patriota fue el chilote Manuel Velásquez (Guarda, 1990: 236).

Pero también hubo chilotes que después del Tantauco, cuando se nombró gobernador de Chiloé el coronel Santiago Aldunate (Tupper, 1972: 126), prefirieron irse a España antes que seguir residiendo en una provincia que pasaba a depender de Chile⁵¹. Más aun, Quintanilla, estando ya en España, en 1828, dice que de los jefes y oficiales chilotes que quedaron en Chiloé, «de muchos se puede asegurar existen fieles a la causa de S. M. esperando se efectúe expedición sobre aquellos países que los vuelva a la obediencia del soberano» (Vázquez de Acuña, 1974: 309).

La historia nacional ha reconstruido cada detalle de los vencedores, y los realistas han sido vistos, aun por la historiografía, como enemigos y anticuados. El Ejército Realista se ve como algo que viene desde el Perú, y que los chilenos han sido todos patriotas que rechazaron al invasor. Y más o menos es así, porque los chilotes no se sentían chilenos ni de Chile. Ellos, efectivamente, invadieron un territorio distinto. En abril de 1813, cuando el Ejército Realista avanzaba por Chile central hacia Santiago, el cabildo de esa ciudad llama «invasores» a los chilotes (Guarda, 2001: 442). Pero también, la composición de las tropas, luego de la «liberación» de Concepción, es mayoritariamente chilena. Todo este asunto merece una revisión (León, 2002).

Dice el chilote Pedro Barrientos en 1948, «la franca adhesión de los isleños al rey de España se tradujo en seguida en un doloroso sacrificio de hombres y dinero» (Barrientos, 1948: 110). Esta provincia, pobre y lejana, pudo hacer por la causa del Rey mucho más que lo que demostraron reinos enteros en las Indias. Y todo este esfuerzo dejó pobreza a grados extremos y falta de brazos. Gonzalo Bulnes, escribe en 1897, ponderando la situación de Chiloé en las guerras de independencia, que hubiera sido más conveniente para Chiloé haberse

⁵¹ Así lo hicieron Pedro Álvarez, José Antonio Garay, José Alvarado, Pedro Guerrero, Lorenzo de Loayza, Pedro García, Eugenio Moreno, Antonio Barría, entre otros (Guarda, 1990: 338). Otro chilote, Santiago Barrientos, estando en España alcanzó la gloria defendiendo a la reina (Vázquez de Acuña, 1964: 67 y ss).

convertido «en un apostadero» militar y marítimo de España, con un gobernador independiente, que convertirse «en la última provincia de Chile», por el «lamentable abandono en que todavía se le mantiene» (Bulnes, 1897: 680).

Además los nombres de los héroes que cayeron en los campos de batalla han sido olvidados en Chile y aún en Chiloé, tanto que ni Quintanilla tiene el monumento que reclama la dignidad del vencido, ni de los combatientes se tiene memoria de sus nombres, a pesar que Mariano Torrente profetizaba lo contrario en 1828⁵². Las calles de Castro y Ancud recuerdan solo nombres de los vencedores. Es el sino de los vencidos.

Referencias citadas

Fuentes primarias

Archivo General de Indias, Audiencia de Chile, Legajos 217, 218, 437, 462 y 468

Archivo General de la Nación, Fondo Caja Real, Legajos 398-442

Biblioteca Nacional de Chile, Manuscritos Medina, Tomo 218

Fuentes secundarias

ABASCAL, J. F., 1944 – *Memoria de gobierno*, 2 tomos (V. Rodríguez Casado & J. A. Calderón Quijano, eds.); Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.

AMUNÁTEGUI Y SOLAR, D., 1945 – *La revolución de la independencia*, 122 pp.; Santiago de Chile: Imprenta y Litografía Universo.

●
⁵² «Así sucumbió esa famosa llave del Pacífico, en la que fue sostenida la autoridad real hasta mediados de enero de 1826, es decir, trece meses y once días después de la batalla de Ayacucho y hasta el mismo día próximamente en que capitularon las fortalezas del Callao, Los servicios que prestaron a la causa española el citado Quintanilla, su segundo, don Saturnino García y los demás jefes, oficiales y soldados, y aún todos los chilotes en general, no podrán ser borrados fácilmente de la memoria de los que saben apreciar el verdadero mérito. Nueve años de una guerra activa y penosa, nueve años de continuas privaciones y duros padecimientos, nueve años, en fin, durante los cuales ha quedado bien acrisolado la decisión, bizarría y heroísmo de los jefes peninsulares y la lealtad, constancia y sufrimiento de dichos chilotes, forman el mejor panegírico de todos los individuos que han tenido una parte activa en tan gloriosa defensa» (Torrente, 1900: 469).

- ANNA, T. E., 2003 – *La caída del gobierno español en el Perú. El dilema de la independencia I*, 322 pp.; Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- ANÓNIMO, 1946 – Proclama contra los chilotes o soldados del enemigo. *In: Archivo de Don Bernardo O'Higgins*, T. I; Santiago de Chile: Editorial Nascimento.
- ANÓNIMO, 1957 – Diálogo entre Chile patriota y Chiloé realista. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 125: 247-250.
- ANÓNIMO, 1963 – Proclama de un artillero chilote del nacional, lealtísimo y distinguido cuerpo de artillería a la siempre fiel, siempre leal y siempre bella Lima, hace gloriosa memoria de los militares de la provincia de Chiloé, reconquistadores del reino de Chile, que ocupando los puntos de Concepción, Talcahuano y Chillán defienden la justa causa, con la siguiente proclama, suscripta en Lima por El Chilote Artillero en 22 de junio de 1814. *In: Biblioteca Hispano-Chilena, 1523-1817* (J. T. Medina, ed.); Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico de J. T. Medina, Doc. 838.
- BARRIENTOS, P., 1948 – *Historia de Chiloé*, 252 pp.; Ancud: Imprenta La Cruz del Sur.
- BARROS ARANA, D., 1856 – *Las campañas de Chiloé*, 215 pp.; Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril.
- BARROS ARANA, D., 2002 – *Historia general de Chile*, Tomo IX; Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- BULNES, G., 1897 – Últimas campañas de la independencia del Perú: 1822-1826, 701 pp.; Santiago: Imprenta Barcelona.
- CAMPOS HARRIET, F., 1958 – *Los defensores del rey*, 152 pp.; Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- CARTES, A., 2010 – *Concepción contra «Chile». Consensos y tensiones regionales en la Patria Vieja (1810-1811)*, 259 pp.; Santiago de Chile: Ediciones Centro de Estudios del Bicentenario.
- DE LA PUENTE CANDAMO, J., 1992 – *La independencia del Perú*, 310 pp.; Madrid: Editorial Mapfre.
- DÍAZ VENTEO, F., 1948 – *Las campañas militares del virrey Abascal*, 416 pp.; Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- ENCINA, F. & CASTEDO, L., 1954 – *Resumen de la historia de Chile*, Tomo I; Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag.
- FERNÁNDEZ, D., 1992 – *Últimos reductos españoles en América*, 344 pp.; Madrid: Editorial Mapfre.

- GUARDA, G., 1955 – En torno al general Quintanilla, último gobernador español en Sudamérica. *Guadalupe*, 4: 69-81.
- GUARDA, G., 1960 – Un retrato de Quintanilla, último representante del rey en Chile. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, 63: 286-290.
- GUARDA, G., 1976 – Chiloé y el fidelismo en Chile. *Revista de la Universidad de Chile*, 38: 11-15.
- GUARDA, G., 1990 – *Flandes Indiano. Las fortificaciones del Reino de Chile, 1541-1826*, 425 pp.; Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- GUARDA, G., 2001 – *Nueva Historia de Valdivia*, 862 pp.; Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad Católica de Chile.
- GUERRERO LIRA, C., 2002 – *La contrarrevolución de la independencia de Chile*, 330 pp.; Santiago: Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- GUERRERO LIRA, C., 2007 – Consideraciones sobre los planes militares del virrey Fernando de Abascal. In: *El lazo de los Andes: diálogos cruzados sobre las campañas de la independencia: de argentinos y chilenos, civiles y militares (1810-1830)* (C. Guerrero, P. Hormazábal, F. Musante, R. Núñez, E. Ocampo, Puigmal & J. Vigo, eds.): 49-64; Osorno: Universidad de Los Lagos.
- HAMNETT, B., 2000 – *La política contrarrevolucionaria del virrey Abascal: Perú, 1806-1816*, 16 pp.; Lima: Instituto de Estudios Peruanos. Disponible en: <http://lanic.utexas.edu/project/laop/iep/ddt112.pdf>.
- LEÓN, L., 2002 – Reclutas forzados y defensores de la patria; el bajo pueblo chileno en la guerra de independencia, 1810-1814. *Historia*, 35: 251-297.
- LYNCH, J., 1980 – *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, 382 pp.; Barcelona: Editorial Ariel.
- MARTÍNEZ, M., 1964 [1815] – *Memoria histórica sobre la revolución de Chile desde el cautiverio de Fernando VII hasta 1814*, Tomo II; Santiago: Ediciones de la Biblioteca Nacional.
- MEDINA, J. T., 1964 – *Estudios históricos, biográficos, críticos y bibliográficos sobre la independencia de Chile*, Tomo I (G. Feliú Cruz, ed.), 284 pp.; Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.
- MORENO, A., 1984 – La expedición naval española del «Asia» y del «Aguiles» (1824-1825). *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 152: 65-98.

- OLGUÍN BAHAMONDE, C., 1970 – *Instituciones políticas y administrativas de Chiloé en el siglo XVIII*, 143 pp.; Santiago de Chile: Editorial Jurídica de Chile.
- ORREGO LUCO, A., 1935 – *La Patria Vieja*, Tomo II, 531 pp.; Santiago de Chile: Prensas de la Universidad de Chile.
- QUINTANILLA, A. de, 1955 – *Autobiografía*, 141 pp.; Santiago: Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile.
- QUINTANILLA, A. de, 1964 – Para la biografía de Don Antonio de Quintanilla. In: *Estudios históricos, biográficos, críticos y bibliográficos sobre la independencia de Chile*, Tomo I (J. T. Medina, ed.): 182-198; Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.
- QUINTANILLA, A. de, 1974 – Defensa de la isla de Chiloé desde el año 1817 hasta 1826. Escrita por Don Antonio de Quintanilla y remitida al general Valdés el año de 1828. In: *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, **88**: 287-310.
- RIBERA, L. de, 1897 – Discurso que hace el alférez don Lázaro de Ribera, ingeniero delineador, sobre la provincia de Chiloé, por orden del supremo gobierno de Lima, desde esta misma ciudad, en agosto de 1782. In: *Cinco relaciones jeográficas e hidrográficas que interesan a Chile* (N. Anrique, ed.): 1-67; Santiago: Imprenta Elzeviriana.
- RODRÍGUEZ BALLESTEROS, J., 1901-1904 – Revista de la guerra de independencia de Chile, 1813-1826. In: *Colección de historiadores y documentos relativos a la independencia de Chile*, Vol. 6; Santiago: Imprenta Cervantes.
- SAN FRANCISCO, A., 2007 – La independencia de Chile. In: *Debates sobre las independencias iberoamericanas* (M. Chust & J. A. Serrano, eds.): 119-142; Madrid: Estudios AHILA de Historia Latinoamericana, Iberoamericana-Vervuert.
- SEMPRÚN, J. & BULLÓN DE MENDOZA, A., 1992 – *El ejército realista en la independencia americana*, 346 pp.; Madrid: Editorial Mapfre.
- TORRENTE, M., 1900 – *Historia de la revolución en Chile, 1820-1828*, en *Colección de historiadores y de documentos relativos a la independencia de Chile*, Vol. 3; Santiago: Imprenta Cervantes.
- TORRES MARÍN, M., 1985 – *Quintanilla y Chiloé: la epopeya de la constancia*, 103 pp.; Santiago: Editorial Andrés Bello.
- TUPPER, F. B., 1972 – *Memorias del coronel Tupper, 1800-1830: Diario de campaña y documentos*, 223 pp.; Santiago: Editorial Francisco de Aguirre.

- URBINA BURGOS, R., 1982 – *La periferia meridional indiana. Chiloé en el siglo XVIII*, 246 pp.; Valparaíso: Ediciones de la Universidad Católica de Valparaíso.
- URBINA BURGOS, R., 1986a – Del Periodo Indiano de la cultura chilota. *Atenea*, 453-454: 385-402.
- URBINA BURGOS, R., 1986b – La intendencia de Chiloé y los conflictos del gobernador-intendente Francisco Hurtado, 1784-1789. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 154: 86-107.
- URBINA BURGOS, R., 1990 – El modo de comerciar de los chilotes a fines del siglo XVIII. In: *Economía y comercio en América Hispana*: 55-79; Santiago: Universidad de Chile.
- URBINA BURGOS, R., 2004 – *Población indígena, encomienda y tributo en Chiloé: 1567-1813*, 335 pp.; Valparaíso: Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.
- URBINA BURGOS, R., 2010 – Los curiosos caminos planchados de Chiloé en el XVIII. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, 119: 91-110.
- URBINA CARRASCO, M. X., 2006 – La frontera «de arriba» chilena y el camino de Chiloé a Valdivia, 1786-1788. *Temas Americanistas*, 18: 70-92.
- URBINA CARRASCO, M. X., 2008 – La frustrada misión estratégica de Nahuelhuapi, un punto en la inmensidad de la Patagonia. *Magallania*, Vol. 36, n.º 1: 5-30; Punta Arenas.
- URBINA CARRASCO, M. X., 2009a – *La frontera de arriba en Chile Colonial. Interacción hispano-indígena en el territorio entre Valdivia y Chiloé e imaginario de sus bordes geográficos, 1600-1800*, 354 pp.; Santiago: Centro de Estudios Diego Barros Arana, de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, y Ediciones Universitarias de Valparaíso, de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.
- URBINA CARRASCO, M. X., 2009b – La tierra firme de Carelmapu, o área continental norte de la jurisdicción de Chiloé en el periodo colonial. In: *¿Adónde se fue mi gente? Memorias y realidades en la construcción de Chiloé (siglos XVI al XXI)* (E. Barruel, S. Hernández, S. Mansilla, J. Ulloa & M. X. Urbina, eds.), 21-42; Osorno: Programa de Estudios y Documentación en Ciencias Humanas, Universidad de los Lagos.
- VARGAS ESQUERRA, J. I., 2010 – *Un hombre contra un continente. José Abascal, rey de América*, 282 pp.; León: Editorial Akrón.
- VÁZQUEZ DE ACUÑA, Isidoro, 1964 – El defensor de la reina: ventura y desventura del chilote Barrientos. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, 70: 67-133.

VÁZQUEZ DE ACUÑA, I., 1974 – El general Quintanilla y su gobierno de Chiloé (1817-1826). *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, **88**: 293-309.

VÁZQUEZ DE ACUÑA, I., 1992 – Evolución de la población de Chiloé (siglos XVI-XX). *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, **102**: 403-457.

VÁZQUEZ DE ACUÑA, I., 1993 – La jurisdicción de Chiloé (siglos XVI al XX). Su extensión, exploración y dominio. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, **60**: 111-191.